



LAS BASES PARA LA SOLUCION DEL PROBLEMA CRÍTICO

I

IMPORTANCIA DEL PROBLEMA

AL empezar nuestro Balmes su *Filosofía Fundamental*, expresó admirablemente la importancia del problema de la certeza diciendo: que «á primera vista se presenta quizás como un mero cimiento del edificio científico; pero en este cimiento, si se le examina con atención, se ve retratado el edificio entero; es un plano en que se proyectan de una manera muy visible y en hermosa perspectiva, todos los sólidos que ha de sustentar». (Lib.^o I, c. I, n.^o 2).

Es cierto que la humanidad ha ido levantando el edificio de las ciencias con una confianza natural en el uso de las facultades de que se veía dotada, y pudo así adquirir muchas verdades y evitar multitud de errores; como es cierto igualmente que continúa y continuará haciendo el mismo empleo de sus facultades, aun cuando la crítica moderna haya negado ó limi-

tado el valor de ellas; la naturaleza se impondrá á todos los sofismas de la razón, y luego esta misma se encargará de des-hacerlos, justificando sus actos y sus nobles aspiraciones. Este contraste, que ofrece la inteligencia queriendo negar hoy, enmedio de su prodigioso desarrollo, lo que por su tendencia espontánea busca, nos descubre la importancia del problema crítico, que se propone hallar la solución de esa aparente antinomia, llevando el orden á la más elevada de las manifestaciones de nuestro ser y dando sólida base á nuestra confianza natural en el trabajo, que los sabios y filósofos han realizado ó realicen en la sucesión de los tiempos. También el hombre, cuando llega á la edad madura hace examen de los conocimientos que posee y elimina aquellos que no pueden ser legítimamente comprobados ó se oponen á los que reconoce con los caracteres de una certeza legítima, ganando en intensidad lo que pierde en extensión al abandonar aquéllos; únicamente las inteligencias vulgares se contentan sin reflexión con su patrimonio intelectual, de cualquier modo alcanzado.

Con razón, pues, se tiene por ley indefectible de la historia del pensamiento humano, que la aparición y el desarrollo de los estudios psicológicos coinciden con las épocas de mayor florecimiento de la filosofía y que ésta es dogmática antes de ser crítica, lo mismo en los individuos que en los pueblos. ⁽¹⁾

Hasta Sócrates, Platón y Aristóteles, los tres grandes representantes del pensamiento helénico, no hay verdadera psicología en Grecia; llega con el último á su apogeo en aquella edad, y después han de transcurrir muchos siglos para que la Edad Media se inicie en las olvidadas investigaciones, que el genio de San Agustín agitó é hizo progresar, adquiriendo un desarrollo sorprendente en aquel gran siglo de los Albertos, Tomás de Aquino, Buenaventuras y Scotos llenando hasta la primera mitad del XIV. Con la decadencia escolástica queda eclipsado el brillo de la ciencia psicológica; en la que los Doctores medioevales profundizaron hasta llegar á las raíces de las cuestiones, que habían de ser la preocupación y el tormento de la filosofía moderna, hija de una civilización refinada y cultísima; por eso en ella adquieren la preponderancia absorbente de que somos testigos. No significa otra cosa «el retorno á Kant», grito de

(1) Vid. Wulf. *Les lois organiques de l'histoire de la psychologie*. -- Leçon d'ouverture du cours professé á l'Institut Supérieur de Philosophie de Louvain sur l'Histoire des Theories psychologiques.

combate, que renueva el ardimiento de todas las escuelas, que no se quieren condenar á perecer, para buscar satisfactoria solución al problema del conocimiento, que el filósofo de Königsberg planteó con agudeza suma y con una extensión, que él sin duda fué el primero en darle y que confirma el pensamiento arriba dicho de Balmes. Cómo son posibles la física, las matemáticas, la metafísica en el orden especulativo; qué fundamentos ha de tener el orden moral; todo lo abarca el problema de Kant, y como la mayor parte de los filósofos aceptan hoy la solución Kantiana ⁽¹⁾, la psicología se encuentra en un período de criticismo *agudo* del que probablemente no saldrá en mucho tiempo; quizás cuando lleguen á estrellarse todos los esfuerzos por dar solución al terrible problema en el escepticismo universal, consecuencia obligada de la dirección crítica presente.

No quiere decir esto que hayamos de atenernos á la psicología dogmática; ésta precede necesariamente á la crítica, como el objeto de una investigación precede á esta investigación misma; pero no puede alcanzar por sí la solidez que le dará un examen profundo del instrumento mismo con el cual se ha formado; examen, que tal como hoy se hace, apenas tiene precedentes dignos de ser mencionados en la historia de la psicología. La duda de los sofistas no es crítica, ni viene á arruinar la psicología dogmática, antes la prepara; los escépticos fundaban su doctrina, más que en la crítica del conocimiento, en la refutación *ab absurdo* de los sistemas de su tiempo. Las audacias metafísicas de los Escolásticos medio-evaes proceden de espíritus dogmáticos, y si en ciertos momentos se despierta la duda, la solución les parece facilísima, pues no abandonaban el punto de vista ontológico y sintético, aceptado por todos los filósofos de aquella época. Descartes y Bacon, aunque se eleven poco sobre la crítica rudimentaria de sus predecesores, por su espíritu de hostilidad á la antigua filosofía, tanto como por los

(1) El R. P. Pesch., S. J., en su libro *Kant et la science moderne* (trad. Lequien, Paris, Lethiélleux), demuestra que la "crítica de Kant no se ha perdido como un arroyo en la arena, sino que "desde hace 100 años pasa ante nosotros como un gran río sobre el cual innumerables pensadores alemanes hacen flotar su esquife.; y lo que dice de Alemania puede afirmarse de los demás pueblos en la debida proporción; resumiendo esa influencia hace ver que á Kant se debe el apego de la ciencia moderna al mundo sensible, su absoluta libertad, la variedad sorprendente de sus formas, su nueva concepción de la moral independiente, su sentimentalismo religioso, su aversión á la fe cristiana, y la transformación racionalista del cristianismo; por eso dice con razón Balfour, "que las batallas decisivas de la Religión se libran hoy más allá de sus fronteras."

principios fundamentales de la que ellos defienden, son los verdaderos precursores del cristicismo contemporáneo.

Como observa un neo-escolástico, profundo conocedor de estas cuestiones ⁽¹⁾, la importancia, que en la filosofía moderna ha tomado la crítica del conocimiento, se explica fácilmente; porque al suponer que el espíritu humano ha errado hasta el advenimiento de las ideas nuevas, (como tantas veces repetían Descartes y Bacón), el medio más sencillo de dar razón de tan largo extravío era suponer que los antiguos no habían examinado atentamente las bases del conocimiento, cuyos límites desconocieron; por eso, todo periodo notable de la filosofía nueva comienza revisando la facultad de conocer, y desde Kant esta cuestión es la primera, que ha de resolver ó que se ha de proponer toda filosofía.

Si esto incumbe á todos los que piensen vivir y discurrir con los hombres de su tiempo, toca más particularmente á los que profesan los principios de la filosofía cristiana; porque es cierto que en sí misma, como dice Kleutgen, la filosofía no es más cristiana que pagana; pero el problema á que nos referimos, toca á la doctrina religiosa en sus cimientos y á las bases del orden moral.—No es exacto, como dijo nuestro Balmes, que «si alguna parte de la ciencia debe ser considerada como puramente especulativa, es sin duda la que versa sobre la certeza» y que «los sueños del gabinete de los sabios no trascienden á los usos de la vida del común de los hombres, ni aún de los mismos que los padecen ó los fingen» (Lib. I, núm. 32 y 34); antes al contrario, por alta y sutil que sea una doctrina, cuando los sabios se apoderan de ella, la hacen penetrar en todas las capas sociales y se difunde con la fuerza irresistible de una epidemia. No debemos, pues, quedar inactivos en esta contienda; lo reclaman los más elevados intereses de la religión, de las costumbres, de la verdad. Lo que un eminente filósofo y teólogo decía en un libro, cuyo fondo parece no reclamaba tan imperiosamente su elocuente apóstrofe, y después de recordar el de un hombre de otra edad muy distante de la nuestra (Ricardo de San Víctor), lo repetimos aquí nosotros como en su lugar más propio: «he querido citar este ardiente llamamiento á la filosofía católica, porque me parece guardar su oportunidad en nuestro siglo, que se parece al duodécimo por la inquietud de

(1) Lantsheere. *Revue Neo-Scholastique*; año 1894, pág. 108.

la razón. Procuremos no dormir, mientras las gentes de este mundo agitan todas las cuestiones filosóficas. No basta descansar en nuestra fe ó adormecernos con la cabeza apoyada en los viejos sistemas; es necesario que en ninguna parte, tanto como entre nosotros; la razón obre, trabaje, progrese». ⁽¹⁾

No llevamos, por esto, fines apologéticos á nuestras investigaciones; al hablar así, nos conformamos con las preocupaciones de hombres que no tienen nuestras creencias, pero á quienes interesa la marcha de una sociedad, que aparece en evidente desequilibrio y malestar. ¿Qué significa, si no, esa *filosofía de la creencia*, que tantos prosélitos tiene, no sólo entre católicos á quienes la filosofía crítica ha ganado para su causa sino entre protestantes, racionalistas y hombres de Estado, como Balfour con su teoría justamente llamada del «interés social», por no citar otros nombres y hechos de igual valor?

Hay, sin embargo, una diferencia capital entre el punto de vista crítico de esa doctrina y el de la nuestra, como veremos después; baste ahora decir que es vano ese moralismo, que se pretende levantar sobre las ruinas de la razón especulativa; la voluntad le pone, sin que se justifique el derecho de ponerle; creado por un acto libre, aun suponiendo que fuera inaccesible á la inteligencia, por un acto libre se destruye; el fideísmo moral no ha podido salir de un idealismo aéreo, incapaz de fundar una regla concorde para las costumbres; de ahí la crisis de la moral, correspondiente á la crisis de la razón pura. ⁽²⁾

¿No merece esa correlación que el filósofo la tenga en

(1) P. Regnon, S. J., *Etudes de Theologie positive sur la Sainte Trinité*. 2.^a serie página 59. Paris. V. Retaux et fils.

(2) De Noviembre á Marzo de 1900 á 1901, se celebraron en Francia las conferencias y discusiones, que luego se publicaron en la Biblioteca general de Ciencias Sociales, con el título «L'Education Morale dans l'Université», presentadas por el que fué su presidente Mr. Alf. Croiset con tal benevolencia de apreciación, que no podrá admitir quien se tome el trabajo de leer las primeras páginas siquiera del volumen. La conformidad que allí aparece es la de un exaltado individualismo en los profesores y el propósito de infundirlo en la juventud universitaria; nada de *Credos* ni religiosos, ni metafísicos. Rabier invoca una *idea común*, la de patria, como base de la educación moral universitaria y preguntó: «Que fera t-on donc si un professeur, d'ailleurs parfait honnête homme enseigne l'internationalisme? Ne faudra-t-il pas que cet homme quitte l'enseignement public? La contestación fué... que á los alumnos que sólo pueden recibir *passivement* cualquier fórmula, no se les debe dar ninguna; «mais il faut, par tous les exercices de la vie scolaire, développer chez eux, au contraire le sentiment sincère de la personnalité; c'est tout ce que peut faire l'Université, et c'est déjà beaucoup». (p. 57). Y tan demasiado ¡si pudiera hacerlo! en la discusión sobre las mentiras, se vió que ni aún eso podía hacerse «por culpa de la familia». El libro de Payot, «La Educación de la Voluntad», contiene revelaciones sobre la vida de aquellos estudiantes, que responden á lo que se puede esperar de esa «educación universitaria».

cuenta en sus investigaciones críticas, para suponer que es uno mismo el instrumento de la verdad, sea ésta especulativa, sea práctica y que deben ser revisadas las conclusiones en que se afirme un dualismo apriorístico, como lo es el proclamado por casi toda la filosofía contemporánea?

No se nos oculta lo grave y complicado del asunto y que no siempre se halla satisfactoria respuesta á las dificultades que suscita; por eso nuestra tesis no comprende sino el examen de «*las bases para la solución del problema crítico del conocimiento*», según los principios de la filosofía escolástica, anticipando la exposición de la doctrina fundamental kantiana y sus antecedentes históricos; de este modo se apreciará mejor el alcance de nuestra doctrina.

II

POSICIÓN DEL PROBLEMA POR KANT Y SUS ANTECEDENTES HISTÓRICOS

El problema crítico para Kant se reducía á explicar, dando por supuesta su existencia, la posibilidad de la experiencia, ó en términos escolásticos, según el tecnicismo kantiano: ¿cómo son posibles juicios sintéticos *a priori*? Hay juicios de percepción, dice, que no tienen sino un valor subjetivo; por ejemplo, el azúcar es dulce; en los cuales ni yo espero encontrar siempre lo mismo, ni que otros lo encuentren; pero hay juicios en que se añade á la percepción un concepto mental, que les da una necesidad y universalidad, que todos los hombres admiten, y entonces la percepción se transforma en experiencia; por ejemplo, si digo que el sol calienta la piedra, al concepto de sol añado el de causa, el cual incluye necesariamente con el concepto de sol el de calor. ⁽¹⁾ Lo que se afirma del concepto de causa se puede igualmente afirmar del de sustancia, etc.

Estos juicios no sacan su valor de la experiencia, que no contiene sino lo particular y contingente; por la inducción adquieren cierta generalidad, pero relativa y condicional, ó sea limitada á los hechos observados; mas por el concepto del entendimiento que en ellos introducimos adquieren un valor

(1) Prolegomenes á toute Métaphysique future.—Traducción nouvelle. Paris. Librairie Hachette et Cie. 1891. pp. 42-47; 91-98.

á priori de necesarios y universales; como por otra parte, el predicado no está contenido en la noción del sujeto, estos juicios son verdaderamente sintéticos *á priori*. Mas si tienen valor aplicado á los fenómenos, que son el objeto producido por la síntesis de nuestros conceptos y las intuiciones, no sabemos si pueden ser aplicados á los noumenos, á la cosa en sí, ni aún nos es permitido afirmar ó negar la realidad objetiva de ella; sólo podemos juzgar de lo que nos aparece en las intuiciones del espacio y del tiempo según las leyes subjetivas de las categorías; cuando decimos que son objetivos los juicios de experiencia, significamos que son necesarios y universales.

Según Kant, toda la filosofía anterior á él ha sido dogmática en cuanto partía de un conocimiento completamente hecho para estudiar la posibilidad misma de este conocimiento; mientras que la filosofía crítica debe investigar la estructura de la facultad desnuda de toda operación (la razón pura), determinar las condiciones que deben *preceder* al conocimiento (elemento *á priori* trascendental), y fijar, según ellas, el valor cierto de nuestras representaciones. Mas aunque este punto de vista sea realmente nuevo, profundamente original, no por eso se sustrajo el idealismo trascendental á la ley de todo sistema filosófico, que siempre halla un medio apropiado para aparecer y desenvolverse; tiene también él sus antecedentes históricos, que importa notar para comprender la doctrina crítica; pues, como dice Kuno Fischer, exponer sus orígenes históricos equivale á explicarla.

Empecemos por oír al mismo Kant su «franca confesión» de que David Hume fué quien le despertó de su sueño dogmático, aunque él convirtiera en llama la chispa, que hizo saltar el filósofo escocés. «Yo investigaba ante todo si la objeción de Hume no podía adquirir una extensión universal, y bien pronto reconocí que el concepto del enlace entre la causa y el efecto está lejos de ser el único, que permita al entendimiento figurarse *á priori* el enlace de las cosas, y que al contrario la metafísica no se compone absolutamente sino de enlaces de la misma naturaleza. Traté de asegurarme de su número y cuando lo alcancé según mi deseo, es decir, partiendo de un solo principio, llegué á la deducción de estos conceptos. Entonces adquirí la certeza que no son derivados de la experiencia, como Hume lo había sospechado, sino que nacen del entendimiento puro. Esta deducción, que parecía imposible al espíritu pene-

trante de mi predecesor y que á nadie fuera de él se le había ocurrido, aunque nadie dudaba en servirse de esos conceptos, sin preguntarse cual era el fundamento de su valor objetivo, esta deducción, digo, era la obra más difícil que se pudo emprender en favor de la metafísica» (1).

Sin remontarnos ahora á tiempos más distantes de Kant, hemos de advertir que, sobre todo, el último de los *Ensayos* de Tetens (1777) se parece en muchos lugares á la *Crítica de la Razón pura*; allí se considera como un gran error la opinión de los que no ven en los principios racionales sino inducciones más ó menos completas de la experiencia, pues si bien no podemos conocerlos sino con ocasión de ella, no son producto suyo. Distínguese entre la necesidad subjetiva y la objetiva de esos principios; de la primera nadie duda, ni el mismo Hume, aunque niegue que esta *ley de nuestro espíritu* sea una ley de la naturaleza ó al menos que pueda ser conocida como tal, ya por la experiencia, ya por el razonamiento. Tetens, al contrario, sostiene que con razón se concluye de la necesidad subjetiva de una proposición en su necesidad objetiva (2).

Como se ve, el problema de Hume había preocupado algo más de lo que nos da á entender Kant siempre que alude á ello, que es con bastante frecuencia, y había suscitado respuestas análogas á las del idealismo criticista.

Pero se conocen mejor los antecedentes históricos del sistema en la exposición hecha por otro apologista más entusiasta aún que Willm del filósofo de Königsberg, Kuno Fischer (3).

En cuanto al punto lógico y necesario de transición entre Leibniz y Kant, dice muy bien K. Fischer, que lo es la escuela Leibniz-Wolfiana; Leibniz fué el lazo vivo de unión entre la metafísica y la experiencia; sus discípulos las separaron, pero esto hizo más evidente su relación y comparación, como lo realizó Kant.

Mas el punto de partida del problema arranca de mucho antes; Kant hace de la explicación de la experiencia una ciencia nueva, porque explicar la experiencia, proclamada desde antes

(1) Proleg. á toute Met. future; p. 11.

(2) Vid. Willm: Histoire de la philosophie allemande, T. I.—Paris 1846, págs. 24-27.

(3) Vida de Kant é Historia de los orígenes de la Filosofía Crítica, por Kuno Fischer traducida del alemán por José del Perojo (precediendo á la traducción del mismo de la *Crítica de la Razón pura*.—Madrid 1883, Cap. 2.º) —Vid. también: "Les principes du Positivisme Contemporain" por Halleux.—Paris - Alcan, págs. 72-82.

de Bacón, pero mayormente por éste, fuente única de verdad, era la preocupación, que obsesionaba á todos los pensadores desde entonces, como protesta viva en contra de un sensualismo que pretendía desterrar para siempre la metafísica del cuadro de las ciencias, ó en expresión del P. Pesch, como último despojo de la metafísica, que flotaba en la superficie de la poderosa corriente del empirismo inglés y el materialismo francés, reduciendo toda la ciencia de lo suprasensible á la teoría del conocimiento, la cual rodeaba al filósofo por todas partes como cinta de salvamento destinada á hacerle remontar del abismo de la sensualidad hacia la superficie del espiritualismo. Locke trata de justificar el principio baconiano sin acudir á otra cosa más que á las percepciones sensibles, y aunque según observa Kant ⁽¹⁾ indicó la división de los juicios en analíticos y sintéticos, que tanta importancia tienen para la *Crítica de la Razón pura*, lo hizo de modo tan vago, que ni Hume se dió cuenta de ello. Berkeley declara las percepciones sensibles meras representaciones del espíritu, ideas que Dios produce en él; mientras para los materialistas franceses no son sino excitaciones de órganos corpóreos, fenómenos materiales de movimiento.

Entonces aparece con más claridad la gran cuestión. Si los elementos del conocimiento no son más que impresiones ideales de un espíritu ó mecánicas de un cuerpo ¿cómo es posible un conocimiento que abrace la realidad y á la vez tenga valor universal?

Hume no se eleva tampoco por cima del conocimiento sensible; sólo este puede ser verdadero; ahora bien, todo conocimiento es un juicio, que enlaza nuestras representaciones de un modo necesario; más ¿puede esto ser?, sin duda, entre representaciones homogéneas, como en el juicio $A=A$, ó siendo el predicado una cualidad del sujeto; pero si son heterogéneas, no estando la una contenida en la otra, sólo puede adquirir carácter de necesario su enlace cuando la una se considera como efecto de la otra, ó sea por el concepto de causalidad; lo que equivale á decir que la ciencia experimental sólo es posible cuando el enlace causal es necesario, y como la razón pura es incapaz de descubrir esa necesidad, los juicios empíricos no son necesarios *á priori*, y como por otra parte la experiencia no nos da sino impresiones individuales, independientes, suce-

(1) Prolegomenes; p. 31.

sivas, la causalidad no es perceptible; nosotros, pues, convertimos el *post hoc* en *propter hoc* sin más fundamento que el hábito de enlazar dos representaciones que vemos sucederse *permanentemente*; lo permanente aparece como si fuera necesario y tomamos un hecho por *causa* de otro; luego la certeza de nuestros juicios experimentales no tiene fundamento objetivo.

El estudio de Hume sobre el principio de causalidad es el punto de partida próximo del criticismo kantiano, que idéntico en muchas de sus conclusiones á las de sus predecesores, cree salvar del escepticismo la ciencia con los juicios sintéticos *á priori*; mas prescindiendo ahora de esto, así como de la posibilidad de realizar la crítica de la razón en la forma indicada por el filósofo alemán, no dejemos de advertir que la solución subjetivo-idealista, que recibió de él la cuestión del conocimiento, se hallaba también en el espíritu de la época en que vivió; en el espíritu religioso del protestantismo, enemigo de toda norma objetiva y que por entonces, observa Ruyssen ⁽¹⁾, se esforzaba por medio del *pietismo* en acentuar el carácter individualista de la fe; en el orden filosófico, Descartes había iniciado el subjetivismo al afirmar la incognoscibilidad de las cosas corpóreas, cuyas impresiones en los espíritus animales producían los movimientos, causas ocasionales, que excitaban al alma á pensar; pero los pensamientos eran obra exclusivamente propia del alma: Locke declara imposible el conocimiento de todo lo *supra-sensible*, que es la esencia lo mismo de los cuerpos que del espíritu; para Hume no había cognoscible nada más que nuestras impresiones. Con razón dice Lange ⁽²⁾ que en la época de Kant estaba en la atmósfera intelectual de todos los filósofos la opinión de que el conocimiento del mundo depende de nuestros órganos; D'Alembert dudaba resueltamente que pudiéramos conocer verdaderos objetos; Lichtenberg declara que el conocimiento de objetos exteriores es una frase contradictoria; que es imposible al hombre salir de sí mismo; que cuando creemos ver objetos, nos vemos simplemente á nosotros, que no podemos saber nada con propiedad de cosa alguna en el mundo, sino los cambios que se realizan en nosotros. Maupertius en sus *Cartas*, (Dresde 1752) había hecho del mundo

(1) Les Grands Philosophes. Kant. — Paris, Alcan 1900. p. 2.

(2) Lange. *Histoire du Materialisme*, trad. par Pommerol. T. II, Paris 1879, p. 436.

entero, por decirlo así, un fenómeno subjetivo del alma y hablaba solamente de «seres desconocidos, que excitan en nuestra alma todas las percepciones», permaneciendo ellos enteramente ocultos. Kant resume todas estas ideas* diciendo: la verdad y la realidad son el producto de nuestra actividad mental; las cosas en sí ¿qué son?... ¿son?... los objetos de la experiencia no son sino nuestros objetos, fuera de la *objetividad inmanente* al hecho del conocimiento no hay otra objetividad; y estos pensamientos constituyen hoy el fondo de casi todos los sistemas filosóficos, si no de todos, fuera de la Escolástica, declarada por los representantes de aquellos anacrónica é inútil, punto que vamos á dilucidar también.

Pero antes interesa mucho señalar otro antecedente, verdadera causa original de esa tendencia idealista de la filosofía moderna y que explica el *postulado* de toda la crítica kantiana fundada en la imposibilidad de sacar de la experiencia nada que no sea individual y contingente ⁽¹⁾. Permítasenos trasladar el testimonio autorizado del abate de Broglie en su magistral obra *Le positivisme et la science expérimentale*.

«La facultad de abstracción, con el nombre de *entendimiento agente*, era considerada por la filosofía escolástica como la principal de las facultades superiores de la inteligencia humana. Al análisis de los datos experimentales realizado por medio de esta facultad atribuían los aristotélicos la formación de todas las ideas vulgarmente llamadas de razón.

La filosofía cartesiana, que había imprudentemente comprendido entre los prejuicios que puso á un lado la profunda y verdadera doctrina de Aristóteles sobre el conocimiento humano, ha perdido de vista el papel importante de la facultad de abstracción y este olvido ha durado hasta nuestros días, llegando hasta el punto que en los libros elementales de la filosofía ecléctica, la abstracción es relegada á un rango inferior como una de las variedades de la atención.

(1) L'expérience nous enseigne bien que une chose est ceci ou cela, mais non pas qu'elle ne puisse être autrement. Si donc, en premier lieu, il se trouve une proposition qu'on ne puisse concevoir que comme nécessaire, c'est un jugement *à priori*; si de plus, elle ne derive elle-même d'aucune autre proposition, qui ait à son tour la valeur d'un jugement nécessaire, elle est absolument *à priori*. En second lieu, l'expérience ne donne jamais à ses jugements une universalité véritable ou rigoureuse mais seulement supposée et comparative, fondée sur l'induction; si bien que tout revient à dire que nous n'avons point trouvé jusqu'ici dans nos observations d'exception à telle ou telle règle. Si donc on conçoit un jugement comme rigoureusement universel, c'est à dire comme excluant tout exception, c'est que sa valeur est absolument *à priori*. Introd. à la Critique de la Raison pure, (tr. Barni), p. II.

Debemos á Mr. Taine la justicia de haber adivinado la importancia de la abstracción y haberle restituido el lugar que le pertenecía. El ha ensayado el servirse de ellos para colmar las inmensas lagunas de la filosofía puramente empírica de Stuart Mill; pero por desgracia no ha descubierto la relación íntima que existe entre la noción de sustancia y la facultad de abstraer; por esto su abstracción, que no recae sino sobre imágenes movibles ó datos abstractos, no podía tener la fecundidad y el poder de la que descompone los seres reales. (1).

PRUDENCIO CONDE RIBALLO.

(Continuará).



(1) T. I, p. 173-174. Paris 1890.—La obra en que Taine reconoce la importancia de la abstracción, así como el valor necesario y universal de los principios en contra del positivismo de Stuart Mill, es un estudio que sobre la lógica de éste hizo aquel, titulado *Le positivisme anglais*. (Paris, Germer Bailliere, 1864), cuya concisión no estorba á la profundidad y exactitud de la crítica, que pue le suministrar preciosos conceptos para el problema que estudiamos, no obstante la interpretación deficiente que Taine da á la abstracción.

Notas

Es una temeridad atreverse á dar una explicación sintética del universo señalando las últimas razones de las cosas, si antes no se han examinado cuidadosamente las conclusiones de las ciencias físicas y biológicas. Sin estos conocimientos previos la concepción metafísica será á lo sumo un poema cosmológico fraguado con mayor ó menor brillantez y coherencia según la inspiración y fantasía creadora de su autor, pero no una explicación racional del universo tal cual las ciencias lo conocen y ajustada perfectamente á los hechos comprobados.

Más no siempre han tenido en cuenta los metafísicos esta precaución elementalísima. A los escolásticos, principalmente, se les ha censurado, y á veces con sobrada razón, el que sus lucubraciones metafísicas demostraban una completa ignorancia de las ciencias de la naturaleza.

Esta censura no podrá hacerse al ilustre dominico P. Gonzalez de Arintero. Leyendo su obra, *La providencia y la evolución*, 2.^a parte TEOLÓGIA Y TEOFOBIA (Valladolid 1904) se respira un ambiente científico muy denso y de buen origen. Y es más apreciable esta cualidad tratándose del problema teleológico, el cual por su índole eminentemente metafísica con dificultad deja iluminarse por los rayos de la luz que brotan de la experiencia, los cuales si bien esclarecen la superficie de las cosas llegan muy debilitados al fondo íntimo de los seres, preocupación eterna de los metafísicos.

Como síntesis de la doctrina que profesa el autor trascribimos este párrafo del Prólogo (pág. VI). «No cabe duda de que en todo hay un orden admirable, un orden *racional*, y un orden que ofrece no sólo las apariencias, sino también todos los caracteres de *intencionado*, y que se explica magníficamente por esa sublime Inteligencia provisoría y ordenadora que llamamos Providencia, sin la cual, según hemos visto en la primera parte, no poseemos razón de nada».

Para que pueda aquilatar con más exactitud la consistencia y robustez de su doctrina el autor ha querido contrastarla en esta segunda parte, con todas las teorías que directa ó indirectamente suprimen la finalidad en el universo. *El azar*, (1-39); El mecanicismo y la fatalidad (39-107); El pesimismo (107-148); El evolucionismo (148-260); El panteísmo (260-295); tales son los enunciados de los capítulos mas interesantes que comprende esta obra. En la imposibilidad de resumirlos, haremos constar que el autor no sólo examina el fundamento de esas teorías, sino hasta las razones secundarias en que suelen apoyarla sus partidarios cuyos escritos conoce muy bien el P. Arinterro.

Quizá se resiente la factura del libro de exceso de materiales y aco-taciones que el autor va intercalando constantemente, interrumpiendo la marcha de sus propias ideas para decirnos los que otros han pensado. Es indispensable reunir todos esos materiales y tener á la vista los párrafos más salientes de las obras cuyo contenido doctrinal se discute, pero al lector hay que darle la exposición ordenada y resumida aunque se le indiquen los lugares á que podrá acudir si quiere comprobarla por sí mismo.

Estas deficiencias, sin embargo, no alteran el valor intrínseco de la obra, á la cual considero como el estudio más completo y mejor documentado dentro de nuestra literatura filosófica sobre el problema de la finalidad. — (A. G. I.)

*
* *

La interesante monografía *Le Néo-criticisme de Charles Renouvier* (Louvain 1904) que acaba de publicar el Dr. E. Janssens es una prueba inequívoca de que en el Instituto Superior de Filosofía de Lovaina se sigue fielmente el consejo de su Director Mgr. Mercier de contrastar la síntesis escolástica con las ideas filosóficas de mayor actualidad y renombre.

Dos partes comprende esa monografía, una en la que expone el autor las doctrinas de Renouvier sobre el conocimiento y la certeza, y otra en que las discute amplia y detenidamente.

La primera es un resumen tan completo, y tan metódico y tan claramente pensado que ahorra la lectura no muy agradable de las obras del fundador del neocriticismo, porque ni se ha omitido idea alguna de importancia ni se ha desvirtuado el razonamiento, sino que más bien el sistema neocriticista gana en precisión y riguroso enlace.

Sabido es que Renouvier ha expuesto sus doctrinas discutiendo al propio tiempo todas las soluciones opuestas, con lo cual obliga al crítico que quiera desmenuzar su pensamiento á un debate de amplísimos horizontes. Añádase á esto que las teorías del conocimiento y de la certeza son como el eje central de todas las cuestiones metafísicas, y se comprenderá la importancia de la labor realizada por el Sr. Janssens en la

segunda parte de su monografía. En ella nos presenta un análisis del relativismo, de la cognoscibilidad y existencia de las sustancias, del espacio, del tiempo, y de las cuestiones criteriológicas más trascendentales, hecho con el cuidado y la sagacidad á que le obliga la discusión de las exageraciones del criticismo ingenioso y profundo de Renouvier. Y como el autor no rehuye las dificultades, ni se limita á defender sus opiniones, sino que desmenuza las razones y principios de su adversario resulta su labor un torneo muy interesante en el que luchan noble y generosamente el realismo moderado y el idealismo radical. Digo noble y generosamente, porque Janssens reconoce de buen grado la parte de verdad que hay en las afirmaciones de Renouvier, y porque la impugnación es siempre razonada y tranquila.

Vienen á completar este trabajo una biografía de Renouvier y un estudio de las relaciones de su doctrina con el kantismo, que le sirven de introducción, y un epílogo muy sustancioso sobre el filósofo, la evolución de su sistema y sus incoherencias fundamentales.—(A. G. I.)



PEDAGOGÍA

PROVISION DE CÁTEDRAS

LA ESCUELA DE MEDICINA DE SEVILLA

I

JAVIERITO Lasso de la Vega, el genial poeta de nuestros Juegos Florales de 1902, es, en Sevilla, tal cual rato, poeta y Javierito; cuando se alza en cualquiera tribuna, un orador de mucho fondo y bella forma; y la mayor parte del tiempo, día y noche, pues su oficio no admite descanso en horas fijas, es el respetable Dr. D. Francisco Xavier Lasso de la Vega y Cortezo, médico afamado y habilísimo especialista para curar enfermedades de niños; alguno conozco yo que le debe la vida; y nótese que habito muy lejos de tal médico y de su clientela.

Es, otrosí, el Dr. Lasso de la Vega, catedrático de su especialidad en la Escuela de Medicina de Sevilla; lo he recordado ante los estudios necrológicos leídos por él y por el Dr. Laborde en una sesión que aquella Escuela celebró, meses ha, en honor de D. Federico Rubio; y creo que, mejor que con una nota bibliográfica correspondo á la labor de esos discursos echando el mío por otros derroteros.

Lasso aparece, como digo, nombrado en el Cuaderno estadístico del Profesorado de Universidades; mas, junto á su nombre, un asterisco sirve de llamada para esta nota deprimente: «Confirmado en este cargo por R. O. de 31 de Enero de 1902, pero sin derecho á ingresar en el escalafón».

Esto es casi un estigma: aquel á quien dicen médico ilustre y maestro eminente ha necesitado que una Real orden le autorice para rétener la cátedra, en donde no sabemos como entraría: es, pues, un catedrático de Real orden y aun eso con restricciones ignominiosas; no habrá de usar la medalla del Profesorado, ni vuelos en las mangas de la toga, ni podrá, y ello lo dice todo, figurar en el escalafón.

No es éste un caso aislado: lo mismo sucede á D. Ramón de la Sota y Lastra, eminentísimo patólogo, especialista en enfermedades de garganta, nariz y oído; á los hermanos Domínguez y Adam, cirujanos excelentes; á Lupiáñez, el médico legista; á Romero y Pedreño, Sánchez y Pizjoan, Laborde, Rodríguez y Porrúa, Medina y Ramos....

¿Cómo ha caído sobre tal cofradía de galenos ilustres esa mancha de tinta en forma de nota del escalafón, la cual parece una nota de suspenso en el mes de Septiembre?

Ustedes juzgarán.

II

Año de 1846 perdió Sevilla su Facultad de Medicina, la cual fué trasladada á Cádiz para substituir al suprimido Colegio de Cirujanos de la Armada, fundado en el último tercio del siglo XVIII por el físico Pedro Virgili.

En 1868, Federico Rubio, quiso satisfacer la aspiración, frustrada durante veintidos años, de restablecer en la «Mayor Ciudad» los estudios médicos; y, aprovechando el nuevo régimen administrativo de la enseñanza, en los locales de la Universidad comenzaron á explicar los mejores médicos de Sevilla; como hubo maestros y discípulos hubo cátedras, como hubo cátedras hubo Facultad, y así, por un proceso naturalísimo, y sin necesidad de expedientes panzudos ni de comunicaciones á media margen, surgió, libre de toda traba oficial, la Escuela de Medicina de Sevilla,

La Diputación vió el porvenir de aquella obra, y obtuvo para ella, del Gobierno Central, el edificio que, hasta Septiem-

bre de 1869 había sido Convento de Religiosas de la Madre de Dios; mejoró los locales, dotó espléndidamente las clínicas, los museos anatómico é instrumental, y la Biblioteca, á la cual había llevado Rubio lo mejor de la suya.

Solamente en dotar el personal estuvo parca la generosa Diputación; «cuando llegamos á cobrar, casi siempre con grande atraso, un mes,» —me decía el genial y saladísimo Lasso de la Vega— «nos dan un billete de cien pesetas, un pesetoncillo y una cosa sucia y negra que huele mal y suena.» Los Catedráticos titulares tenían anualmente 6.000 reales de sueldo.

¿Por qué esa mezquindad? Precisamente eran todos próceres de la Medicina. Ser catedrático de aquella escuela era una investidura de honor, la cual sólo se lograba teniendo antes el plebiscito de proto-médico dado por la opinión pública; no era la cátedra el comienzo de una posición social, sino el ornato de ella; quienes ganaban miles de duros en su clínica y en sus visitas, honrábanse siendo maestros de la juventud estudiosa sin que pudiera moverles la mezquina paga. Los nombramientos eran hechos por el Ministro, mediante propuesta del Rector y con carácter interino; y, sin embargo, no se dió el caso de que ninguno de esos médicos ilustres dejase sus 6.000 reales cobrados tarde y con descuento, por el sueldo de entrada y los ascensos del escalafón oficial, ni que aspirase á ser catedrático de otra Universidad, ni aún de la de Madrid.

Mientras ésto sucedía en la Escuela libre de Medicina de Sevilla, la Administración central se enteraba de que en el escalafón de Catedráticos de Universidad había cuarenta y cinco que jamás habían acreditado su suficiencia en ninguna prueba fehaciente; de que casi una mitad de las Universidades y desde luego una tercera parte de ellas eran, son, más que hogar, posada para la mayoría de sus catedráticos, los cuales se avenían y se avienen á entrar en el escalafón por cualquier Claustro, pero tendiendo siempre á salir de él lo antes posible hacia el verdadero y propio hogar.

Lógico parecía tomar por modelo aquella Facultad de Sevilla, en donde, por estipendio más corto, se lograban maestros consumados que daban, y no jóvenes brillantes que prometían; compenetrados con su Escuela, no alojados en ella transitoriamente.

Pero no fué así, sino al contrario: Sevilla fué obligada á colocar su Facultad en la misma situación que las otras del

Reyno; ella había de pagar, no lo que pidieran los catedráticos, avenidos hasta entonces con el sencillo aguinaldo de los 6.000 reales, sino lo que la Administración central tuviese á bien; las cátedras serían provistas por oposición como todas las demás de las Universidades; y los catedráticos que entonces daban la enseñanza, podrían continuar en sus puestos si llevaban en ellos una década, pero sin poder pasar del sueldo de entrada, ni entrar en el Escalafón general, ni aspirar por concursos á Cátedras de otras Universidades.

Y, en efecto; en año y medio, cuatro Catedráticos han llegado, por honrosas oposiciones á la Facultad de Medicina de Sevilla: dos aragoneses, un catalán y un burgalés, de todos ya solamente dos quedan en ella, y no espero que duren allí mucho tiempo.

De esos cuatro catedráticos uno ingresó á los 29 años y otro á los 25.

Ya no van, pues, á la Escuela de Federico Rubio los maestros de historia larga y gloriosa, compenetrada con la sociedad de Sevilla, con las especialidades clínicas de su clima y de su demografía, doctos con la ciencia de los libros y con la experiencia de los años, la cual no se suple con dobles jornadas de estudio: van mozos de buenas notas, de porvenir brillante, que serán grandes médicos pero que no lo son aún.

Bien clara se vé la diferencia: en la Escuela libre la aspiración fundamental era el bien de la enseñanza; en la Facultad oficial el fin no es la enseñanza, sino el Catedrático; la Escuela libre, para vivir, necesita fama; la Facultad oficial vivirá con solo haber políticos influyentes que la sostengan á costa del Tesoro común.

Nótese aquí, además, el mal de las oposiciones; no espere-mos ver en ellas gente de edad madura; quien, ya en años mayores no tiene posición asegurada, no vale; y quien la tiene no se aventura, por la lotería de los 14.000 reales, á quedar desairado; además, en las oposiciones es tan precisa la agilidad como la ciencia; yo creo que más aún que la ciencia misma; y la agilidad intelectual, como la física, es peculiar de los pocos años, es decir, compañera de la inexperiencia.

Pretendieron los maestros de la Escuela libre, por no aparecer postergados, ser admitidos con su antigüedad respectiva en el escalafón general: esta pretensión armó contra ellos una cruzada de los que ya estaban en él; aquellos profesores de

Sevilla eran Catedráticos por Real orden, y no podían entrar en el escalafón, el cual ya contaba 112 (más de la cuarta parte) ingresados por este sistema. La petición fué denegada de plano.

Hoy la Diputación de Sevilla sigue obligada á costear los gastos de la Facultad, aumentados considerablemente y cada vez más cuanto á los sueldos del Profesorado: pero, de aquí adelante, los Catedráticos serán impuestos por la fábrica central, en rezagos de viejos inútiles mediante concursos, cada vez menos frecuentes, ó mediante oposición entre jovenzanos.

Posible es que la Diputación, aumentando las exigencias y los gastos, dé con la carga en el suelo: posible es también que el Estado la tome sobre sí; de uno ú otro modo, será labor útil comparar tiempos con tiempos, la nueva Facultad y la antigua Escuela.

Recuerde el alma dormida
avive el seso y despierte...

Pero ¿somos capaces de despertar?

J. MONEVA Y PUYOL,

Catedrático en la Universidad de Zaragoza.



Sección Historia

LO CIENTÍFICO

EN LA HISTORIA

II

Lo que se debe hacer. Lo que se debe evitar.

Si en los saberes que se logran por observación *directa* de lo existente, es preciso, para lograr éxito, especializar esa observación, con doble motivo debe especializarse la observación *indirecta* de lo histórico, por ser ésta mucho más complicada y difícil: hay que adquirir habilidad técnica especial aplicada á la materia científica especial que se investigue en lo pasado, aparte de la habilidad técnica del erudito; pues así como el erudito que desee investigar el contenido de un documento griego de tiempo dado, de país dado y de materia dada, es menester que sepa descifrar los signos de la escritura griega de aquel tiempo, de aquel país y comprender la acepción de las palabras en aquella materia; así también el estudio de cada fenómeno de cada ciencia exige, para ser observado, su peculiar habilidad.

Esta habilidad para percibir clara y distintamente un aspecto especial de los hechos, no se alcanza si, al enfocar en dirección científica, no se especializa el trabajo de los observadores, dedicándose cada uno de éstos al estudio de un sólo

orden de fenómenos en un sólo pueblo ó civilización; es preciso, v. g., hacerse helenista, y, á la vez, psicólogo, para estudiar un orden de fenómenos psicológicos en la civilización de los pueblos helenos, es decir, hay que ser observador de un orden de fenómenos, y estar bien preparado en una rama de erudición.

Para que la observación sea eficaz, son menester: 1.º, monumentos, ó testimonios históricos, en disposición de utilizarse; 2.º, aptitudes morales é intelectuales, técnicas y científicas, del observador.

Para lo primero, hay que tener acumulados suficientes materiales; hay que poseer instrumentos y aparatos que hagan posible la observación científica en la historia. En esta parte la faena histórica aparece inmensa, colosal: reunir monumentos, datos, relaciones, crónicas, documentos, etc. etc., de todo pueblo, de China, India, Persia, Egipto, Roma, Bagdad, Bizancio, etc. etc. etc.; cuanto mayor número de materiales adecuados se obtengan, tanto más puede ensancharse el campo de la observación, más garantía y seguridad para las generalizaciones y, por consiguiente, mayor contraste y evidencia.

Para esas faenas preliminares, son menester, como para las grandes edificaciones humanas, multitud de acarreadores, de peones, de albañiles, de picapedreros, y hasta de arquitectos é ingenieros. Esos traen, amontonan y arreglan documentos en toda lengua, de todo país, con estudios y clasificaciones de toda calidad y objeto: inmenso trabajo de reunir, catalogar y coleccionar, al que concurren y concurrirán generaciones tras generaciones de todas las partes del globo. Si para el estudio provechoso de lo existente, han sido necesarias la comunicación y ayuda de los que trabajan, para completarse unos á otros, para comprobar los resultados, para no hacer faenas dobles ó inútiles sobre la misma materia, etc., etc., ¿con cuánto mayor motivo no lo serán para el estudio de lo pasado donde la acumulación de materiales es lo único que puede sustituir con desventaja la observación directa?

Esa unión, esa acumulación sistemática en vista de un fin científico es aun muy difícil en la historia, por cuanto ese fin no se lo han podido proponer los hombres, sino después de haberse habituado á trabajar sin especial fin científico; pues sólo en esta edad comienza á vislumbrarse esa aplicación de los estudios históricos.

Sin embargo, no todo fenómeno exige que los materiales se

hayan ido acumulando en grandísima abundancia; aunque sin claro fin científico, la humanidad ha trabajado mucho en el acarreo; y esto consiente el que se pueda comenzar, con esperanzas de éxito, la observación de algunos fenómenos.

¿Qué se debe hacer ahora para realizar ese fin científico?

Las tentativas prácticas llevadas á cabo modernamente en esa dirección nos pueden ir señalando la pauta á que deben sujetarse los trabajos para que resulten eficaces. Muchas faenas inútiles se ahorrarían los hombres laboriosos, si se sujetasen á trabajar con adecuación al fin.

Lo primero es armonizar las faenas del erudito con las del observador; pues aunque aparezcan como varios los momentos en el trabajo de la investigación científica, el del mero erudito y el del observador, no quiere esto decir que puedan separarse de tal modo, que se hagan independientes entre sí; convendrá que el erudito no se desentienda del fin científico ó sea ageno á él; y que el observador no desdeñe ni sea extraño á las faenas del erudito; al revés, el erudito, es necesario para que se adecue en sus faenas al fin científico, que sea hombre de ciencia; y el observador, por su lado, para certificarse de que las operaciones preliminares del erudito se han llevado á efecto con la precisión y rigor escrupuloso que exige la averiguación de la verdad, es preciso que sea erudito.

Yo bien sé cuán vano es proponer fórmula técnica para organizar el trabajo y fijar el método y materias que es conveniente estudiar; porque cada cual trabajará según su gusto, disposición, situación particular ó circunstancias que le rodean; pero, ¿quién sabe si alguna vez no será inútil el que se expongan ciertas verdades que den motivo á examen de conciencia, ó por lo menos exciten á marcar nueva línea de conducta que evite lo rematadamente necio ó contraproducente? ¿Cuántos peones históricos no arrastran materiales que, ó son inútiles para lo que se construye, ó los depositan en sitios donde es más difícil encontrarlos que en la propia cantera de donde fueron extraídos? ¿Cuántos infelices no hay, los cuales, imbuídos de una falsa y extravagante concepción de la sociedad y de la vida, ordenan de modo caprichoso, raro y necio, materiales que hubieran podido servir para otras aplicaciones no imaginadas por el que los reunió?

Al menos sería conveniente que cada cual se dedicara á aquello para lo que esté bien preparado: esto pide suficiente

claridad de espíritu para comprender las propias aptitudes. Si uno se empeña en estudiar fenómenos sociales en lo pasado de un pueblo, y no sabe una palabra de lo que son tales fenómenos ¿qué ha de salir más que un pastel? Si alguien acomete de improviso el estudio de hechos psicológicos, sin certificarse de su capacidad para el examen de tales fenómenos ¿cuál ha de ser el resultado, sino una necesidad? ¿La falta de adecuación entre lo que se sabe y lo que se trata de hacer, trae por consecuencia el fracaso, el malgaste inútil de actividad preciosa, la miserable pérdida de los esfuerzos más generosos.

Conviene que los eruditos mediten acerca de la finalidad científica que puedan tener sus estudios. Ellos, por ejemplo, tienen que clasificar monedas, estilos arquitectónicos, vestidos, escrituras, lenguas, manuscritos, actas notariales y hasta pueblos y civilizaciones; el hecho más sencillito ofrece gran complejidad, y se presta á los más diversos estudios; el erudito en materia numismática que en las monedas sólo vea un objeto de valor que colecciona gente rica, hallaráse inclinado á clasificarlas por lo bien ó mal conservadas, por lo comunes ó raras, es decir, tendrá un criterio de clasificación conforme al fin que le guíe. Si él se propusiera estudiarlas como hecho económico, ya se fijaría más en la relación de valor y condiciones de los metales entre sí y con los objetos que se cambian; si como fenómeno político estudiaría la relación de la potestad política con la moneda, y hasta las clasificaría con el fin de determinar la influencia de una dinastía ó una nación; si como fenómeno religioso ya se fijaría especialmente en las leyendas más ó menos religiosas que en ellas se inscriben; si como fenómeno de imitación, formaría cuadros de derivación de los tipos que se han ido copiando ó diversificando, según las influencias artísticas, etcétera, etcétera; es decir, que en el fin van en cierto modo indicados ó envueltos la marcha de los trabajos y el criterio de orden y clasificación.

Debe haber, pues, conciencia clara del resultado final que se busca. Ya se yo que en la práctica los hombres se determinarán por aquello á que la curiosidad les excite, ó que crean más importante, v. g. los grandes hechos políticos, las famosas campañas guerreras en los grandes pueblos y civilizaciones; que se decidirán por lo más fácil ó lo más directo, v. g. el conocer lo que han pensado los hombres, con preferencia á lo que han hecho, porque lo primero se estudia más fácilmente en los

libros que la antigüedad nos ha legado (los cuales algunas veces han contribuido á hacernos pensar que los antiguos obraron conforme á las máximas que dejaron escritas); que se resolverán á trabajar por lo que ven hacer á otros, pues el ejemplo cercano impulsa la imitación; ó por lo que más íntimamente les ataña, v. g. la relación de las proezas de sus paisanos, familia, tribu ó nación; y que muchos se irán á los trabajos de conjunto, repitiendo de mil maneras distintas los mismos hechos, haciendo ediciones aumentadas ó corregidas de materia mal averiguada y zurcida, que todos van copiando en la creencia de que con ello se hace científica labor, cuando lo que se busca únicamente es satisfacer exigencias de mercado ó inclinaciones mal sanas del espíritu.

Hemos de repetir que á la historia ha de acudirse con fin científico, para investigar solamente aquello á que no pueda llegarse por el estudio de lo actual; porque sería tonto buscar por caminos empinados, tortuosos, largos y difíciles, lo que por camino corto, llano, fácil y seguro puede lograrse: para generalizaciones que no se obtienen sino mediante el estudio de hechos históricos que exijan el transcurso de largo tiempo, ó el de varias civilizaciones en diversos tiempos; para el estudio de evoluciones lentas á que no alcanza la vida de uno ó varios hombres; para estudiar relaciones lejanas de los hechos (relaciones con lo antecedente y consiguiente) que en lo actual no se pueden abarcar, ó que el entendimiento humano no puede percibir (ó le es muy difícil) porque la visión directa de lo presente no permita tomar posición adecuada.

Hay que persuadirse, además, de que no se alcanzará fruto científico de la observación histórica, sin perfeccionar método, orden y criterio de los historiadores, acercándose cada vez más á procedimientos científicos en la preparación y estudio de las materias, v. g. formando series de fenómenos, ó estudiando los varios aspectos de uno mismo; para que en vez de acarreadores históricos que cambien de lugar bloque tras bloque, sin saber para qué construcción puedan ser útiles, haya hombres disciplinados é inteligentes que busquen y amontonen materiales adecuados á perfeccionar ó terminar alguna observación que se halle madurada, ó á punto, ó en vías al menos, de ser científica.

Por un hecho observado en un solo punto, casi nunca se llega á conclusión científica; es preciso agrupar los del mismo

orden: monografías de un grupo de hechos de la misma naturaleza; monografías de muchos hechos de distinto orden que se ofrezcan en un mismo punto y tiempo, para que se pueda observar la proporción interna de los varios elementos. Por eso me parece menos científico publicar un cartulario, que el reunir documentos de un hombre ó una edad; menos esto, que un aspecto parcial. Porque ya se ha dicho: es bueno aislar los hechos para probarlos; relacionarlos para comprenderlos.

La observación de un fenómeno no puede hacerse eficaz, si los cambios no se explican por las condiciones distintas; cuando se estudian fenómenos que no pueden aislarse, el observador ha de atender á las causas de los cambios, las cuales á veces están muy lejos ó pertenecen á órdenes distintos de aquel que se estudia. Es preciso, pues, que el especialista tenga ilustración muy vasta.

En el momento en que se llegué al análisis profundo de lo más complejo, donde los varios efectos que causa la distinta proporción de elementos inseparables se perciba claramente y sin confusiones, es cuando la observación histórica será científica. Si en lo actual muchos no sabemos analizar ni estudiar el hecho social ó psicológico más sencillo ¿qué nos ocurrirá en la observación indirecta? Por más paleografías que sepamos, por más lenguas muertas que nos metamos en el cerebro, no llegaremos sino á saber lo que sabía, v. g. un notario del siglo XIII, del XII ó del I; si no logramos percibir en los documentos otra cosa que lo que el notario entonces supo, estamos aviados: sabremos explicar los hechos, como el ignorante leguleyo del siglo XIII los explicó.

Si pues hay dificultad en nuestro espíritu de considerar separadamente los diversos aspectos de un fenómeno complicado, sin perder de vista su conexión, su unidad real y sus relaciones, todo esfuerzo que no vaya en ese sentido retardará el aprovechamiento científico de lo pasado. Es la única dirección para lograr la abstracción científica, ó la generalización, ó como se la quiera llamar.

Aun más, sin eso no se llegará nunca á la reconstrucción deductiva, necesaria en historia, donde para muchos hechos faltan los testigos: unas épocas podrán ser aclaradas por el estudio bien realizado de los fenómenos de otra.

Llamo reconstrucción deductiva, á aquella operación de la mente, por la cual, dados ciertos hechos bien probados, se

infiere la realidad de otros á que no alcanza la prueba testifical. Porque en los hechos pasados, como en los presentes, cabe plantear éste ó parecido problema: conocida la densidad de un líquido y lo que estaba sumergido el objeto, averiguar el peso de éste. No se llegará tal vez á esa precisión matemática á que se puede llegar en ciertos fenómenos físicos, porque lo espiritual se resiste al peso y la medida; pero cabrá la probabilidad, la aproximación acompañada de certeza ó evidencia.

Para la reconstrucción de ciertos hechos se necesita conocimiento muy vivo de las relaciones constantes de los fenómenos; y para conocerlas, hay que ser hombre de ciencia.

Yo aconsejaría á los que deseen ser observadores de hechos pasados, la práctica de la observación de los hechos presentes; de esa manera de lo fácil irían á lo difícil. La observación histórica no podrá comenzarla con éxito aquel que no sea capaz de analizar directamente los hechos que presencia. En la historia estudiada sin pretensiones científicas se ha tenido en cuenta esa verdad: para investigar la historia literaria conviene ser literato; para la política, político; para la jurídica, jurista, y así sucesivamente; por eso todos aconsejan que el historiador de conjunto sea á la vez filósofo, jurisconsulto, hacendista, hombre de Estado, geógrafo, naturalista, psicólogo y no sé cuantas cosas más.

Para lo verdaderamente científico no hay que apelar á lo estupendo y milagroso. En realidad lo que debe exigirse es un don solo (ni tan raro ni tan extraordinario), el don de simplificar, saber ver en lo más complicado y revuelto, lo más sencillo; en lo más turbio y enmarañado, lo abstracto y limpio. Hasta que el entendimiento no ve eso, no empieza á observar verdaderamente.

No se crea, sin embargo, que ese don de simplificar consiste en no ver el fenómeno más que por un aspecto, con incapacidad para distinguir los otros, no; porque así como hay solidaridad de actos en un ser viviente, los hay en lo social: causas y efectos se cruzan y entrecruzan en los órdenes más diversos; hay que librarse de considerar un hecho aislado, como la causa fundamental de todos los otros.

Para adquirir esa habilidad de la simplificación, la primera faena ha de ser ponerse al corriente de los conocimientos especiales logrados en la ciencia particular de que han de formar parte las nuevas investigaciones que se trata de llevar á cabo.

Y puesto que los hechos reales ofrecen complejidad de fenómenos, cuyos varios aspectos son objeto de estudio de varias ciencias, es conveniente, y en cierto caso preciso, saber esas otras ciencias cuyos conocimientos se relacionan.

Así como para hacer de la historia un fin ú objeto del arte, es menester capacidad para distinguir lo estético ó lo hermoso (como el pintor ve en la naturaleza lo pintoresco); así como para ver experiencia en la historia es preciso que la estudie un hombre ducho en los negocios (y quien no sea eso no verá en ella el lado práctico); así también no verá en la historia nada científico quien, por su parte, no sea hombre de ciencia. Para estudiar con éxito los fenómenos de construcción mecánica en lo antiguo, es menester que lo haga un mecánico. (Eso, aparte de todas las demás condiciones de erudito, las cuales han de darse siempre por supuestas en todo observador.)

Esa preparación en las ciencias particulares suelen desdeñarla los eruditos que preconizan la dirección menos científica.

Pero si es bueno indicar el camino más corto y llano para perseguir con fruto una finalidad verdaderamente científica, no es menos conveniente avisar á los incautos que se meten por inextricables vericuetos, haciéndoles saber qué clase de faenas son inútiles ó malas, á fin de que no pierdan ellos el tiempo y, lo que es peor, lo hagan perder á los demás.

Hay faenas que no deben nunca constituir el fin último de quien se proponga hacer estudios científicos de lo pasado, v. g., proponerse estudiar la sociología del hombre primitivo, ni del no primitivo, sin haber estudiado ú observado al hombre actual. Es fácil decir muchas mentiras acerca de lo que ocurrió hace cuarenta siglos, sin contradecir testimonio alguno,

Tampoco creo que deba proponerse, como fin, hacer una descripción general de lo ocurrido en las edades pasadas, como historia narrativa; esto podrá ser entretenimiento curioso, constituir quizá un repertorio cronológico, instrumento necesario para el observador; pero no es el fin científico, ni es científico siquiera, como no ha sido nunca científica una relación de viajes, aunque la haga el hombre más científico del universo; pues no basta para que una cosa sea científica, el que la haga un hombre científico; de lo contrario el masticar del científico sería ciencia.

Es sencillamente tonto proponerse fin extraño á la ciencia

y decir que es científico, v. g., acudir á los hechos pasados para probar una tesis no sacada del estudio de los hechos mismos, sino forjada por el interés personal ó la pasión de secta ó partido. Forzando la interpretación de los hechos se ha llegado á descubrir una naturaleza humana que no ha existido jamás, y se ha dificultado por medio de fábulas, hasta el conocimiento científico de lo existente. Ciertas amistades platónicas con falsas edades pretéritas, ciertos cariños arqueológicos, han tenido la virtud de transformar á ciertos eruditos, convirtiéndolos, de personas discretas en eximios botarates.

Son muchos los que sacan de la historia lo que no hay. Para extraer esencia de muchas rosas frescas, que se palpan, que son reales, se trabaja mucho y á la postre se consigue extraer unas gotitas; en cambio con operaciones de la mente se puede sacar á montones todo lo que uno imagina; y quien tiene en la propia cabeza el grifo para hacer chorrar, no es difícil que suelte inundaciones de conceptos políticos, morales, etc., que no responden á nada verdadero y real.

Concebir la historia como tribunal que juzga de la moralidad, rectitud, etc., de los hombres pasados, es la negación del espíritu científico; eso no es más que la parodia ridícula del juicio final: oficiar de Dios que reparte á diestra y siniestra premios y castigos. *El tribunal inapelable de la historia* es una insustancialidad completamente incientífica. Medir por cantidades de dinero las pérdidas ó destrozos materiales causados por las inundaciones de un río, no es posición de observador para fenómenos de hidrodinámica.

Los hechos de los hombres podrán discutirse apasionadamente al tiempo de ejecutarse, cuando influyen de cerca en nuestra felicidad ó infelicidad; pero cuando se estudian con intentos científicos, es preciso despojarse de todo interés pasional. Algunos creen esto imposible: como si fuera imposible estudiar el oro, olvidándose al propio tiempo de que es metal que sirve para las transacciones del mercado; como si no fuera posible mirarlo por otro aspecto que el del avaro!

Tampoco es científico proponerse resucitar lo antiguo entero, vivo y moviéndose, y, cuando falten materiales, suplirlos con invención ó adivinación, no; el fin científico no es crear un ser viviente; pues aunque la ciencia pudiera ser útil para tales oficios, no es ése el fin directo de la ciencia; no es decir que sea abominable esa tarea, sino que no es científica, y nada adelan-

ta la ciencia con tales aplicaciones. La historia no es cosa viva, sino muerta. Quede para el arte esa virtud de resucitar á los muertos.

Los hechos del pasado deben estudiarse como fatales; de todos modos, ahora es imposible hacer que sean de distinta manera de la que fueron.

Las hipótesis que se forjan acerca de lo que hubiera sucedido en el mundo, si tal hecho no se hubiera llevado á cabo, son gimnasias inútiles (cuando no envuelven la expresión indirecta de verdades probadas); tales proposiciones ejercitan al entendimiento en la mentira, lo cual es disciplina poco apropiado para averiguar la verdad.

En resumen, los hechos pasados pueden estudiarse con idénticos fines que los hechos presentes; la historia, como la pradera de que hablamos, puede servir para todo; si á la pradera puede ir el naturalista á estudiar la flora, el poeta para inspirarse en los colores de la primavera, el labrador para segar el heno con la dalla, y el ternero á jugar, sin embargo no deben confundirse con denominación común tales faenas; la vaca que tiende la barriga sobre la verde alfombra y rumia perezosamente, no hace el mismo oficio que el naturalista.

Mas lo que en la realidad presente nadie confunde, lo confunden muchos en el estudio de lo pasado ¡cuántos borregos insignes se figurarán hacer ciencia, rumiando perezosamente las noticias de lo pasado!

Esa confusión ha debido impresionar á los hombres de ciencia, y muchos deploran la anarquía que reina en tales estudios.

No hay que ponerse nerviosos porque los hechos del pasado sirvan para todo, como la antedicha pradera: á unos lo histórico sólo proporciona entretenimiento; á otros satisface curiosidad; otros buscan experiencia; otros motivos para novelar y reír; otros, como el poeta, van tras el interés de una acción que á todo el mundo impresione por lo conocida; otros irán por argumentos de drama, etc., y, por fin, ¿no podrá servir de objeto para la observación científica? ¿Quién, sino está ciego, lo ha de negar?

Ahora bien, de lo que hay que cuidarse, es de tener suficiente discreción: el poeta que no venda su inspiración por ciencia; el que busque entretenimiento que no diga, ó no se crea, que busca utilidad, etc., etc.

Para evitar tales confusiones, lo elemental es que el obser-

vador y el erudito reflexionen acerca de estas cosas y no sigan rutinariamente en el tradicional embrollo.

La enseñanza actual es la que mantiene casi todas las necesidades. La organización de los estudios históricos en la mayor parte de los países, y en España de manera especialmente desastrosa, perpetúa las supersticiones. De nuestras universidades ni salen críticos, ni investigadores, ni literatos, ni poetas: únicamente pueden salir estériles é infelices pedagogos de baja estofa, como verá el lector, si tiene paciencia para seguirme hasta el fin.

JULIÁN RIBERA.



LOS AMANTES DE TERUEL

¿TRADICION O TRADUCCION?

(CONCLUSIÓN)

DEDICA el Sr. Cotarelo el capítulo 7.º de su erudita investigación á las obras históricas que se ocupan de la celebrada leyenda, señalando como la primera y quizá única que tiene este carácter las repetidas *Noticias* de Antillón. De los siete puntos que abarca este folleto sólo nos interesa el último, en el cual formula sus conclusiones, no muy favorables para la tradición pero también muy inseguras, en sentir del mismo señor Cotarelo, «por los escasos y poco limpios medios que utiliza.»

Cree Antillón que la celebridad de los amores de Marcilla y Segura se debe al hallazgo de sus cadáveres en 1555, pero él mismo reconoce que ésta creencia da por demostrada la realidad de un descubrimiento, sobre el cual existen las no pequeñas dudas que apuntadas y comentadas quedan páginas atrás. Es lógico suponer que al hallazgo de las momias debió preceder algo acerca de la historia, leyenda ó tradición de los Amantes, que Antillón no conoce y por eso suspendió acertadamente su juicio.

No menos acertadamente rechaza Cotarelo la otra conclusión de Antillón de atribuir á Yagüe la falsa relación histórica de los Amantes, fraguada en los siglos XVII ó XVIII, suponiendo que «debíó tomarse el nombre de este poeta para acreditar la superchería y por eso pusieron en prosa sus versos, ya harto prosáicos.»

Termina Antillón su folleto invitando á los eruditos á que hagan nuevas pesquisas sobre la materia y á los poetas á que sigan cantando los patéticos amores de Marcilla y Segura,

aunque resulten ser una *pura novela*, que es precisamente lo que se trata de averiguar.

Después de Antillón vienen los historiadores Villarroya y Gabardá que tratan de combatir sus asertos: el primero con el presunto nuevo texto de la relación histórica de San Pedro y el segundo nada menos que aspirando á reconstituir la historia verdadera del suceso y á defenderlo con sus observaciones críticas. Crítica es precisamente lo que echa de menos el señor Cotarelo en esta obra, de la cual hace una severa y razonada.

D. Juan Eugenio Hartzenbusch aceptó, aunque algo tímida y forzadamente, en su artículo del *Laberinto*, de 1843 y en el prólogo de la novela de Castel-León, en 1861, las observaciones hechas y documentos reproducidos por Gabardá.

De un artículo del ilustre literato D. Aureliano Fernández Guerra, publicado en *La España* y reproducido en su biografía de Hartzenbusch, dice el Sr. Cotarelo que es obra muy ligera, escrita de memoria, en gran parte, con algunos errores materiales y sin el debido conocimiento del asunto: tanto que no tuvo inconveniente en anteponer á otros más antiguos la versión que del suceso hizo en 1780 el capitán Garcés, sólo porque era más verosímil y decente que aquellas.

Cita en último término el Sr. Cotarelo un libro que acerca de los Amantes de Teruel compuso y dejó inédito D. Justo Zapater y Jareño y cuyo criterio en este asunto, á juzgar por los enigmáticos ó irónicos encabezados de algunos capítulos, parece ser más radical que el de su paisano Antillón. Dice el señor Gascón y Guimbao en el número 2.º de su *Miscelánea turolense*, donde se publicó el sumario ó índice del libro, que tal vez éste fué inspirado por motivos de interés muy distintos de los históricos y literarios que el problema de los Amantes tiene para nosotros.

Y llegamos con esto al capítulo 8.º y último del trabajo que nos ocupa, en el cual su autor sienta y defiende la opinión de que la historia de Marcilla y Segura no es más que una traducción adaptada á España del cuento de Boccaccio contenido en su *Decamerone* (Jornada 4.ª novela 8.ª) bajo el nombre de *Giro-lamo y Salvestra*.

Hasta aquí no le fué difícil al Sr. Cotarelo, gracias á su excelente espíritu crítico y al trabajo de minucioso análisis que esbozado queda, llevar al ánimo desapasionado la duda seria y fundada sobre la veracidad de la dramática aventura

de los Amantes. Rodeada la vemos en su origen y desarrollo de nebulosidades, de puntos oscuros, de embrollos y confusiones que fatigan la voluntad más firme en el propósito de hacer luz en esta materia.

La crítica moderna no se rinde en su empeño de dejar limpios y desbrozados los linderos que separan la leyenda de la historia, la poesía de la realidad, y aún cuando no siempre lo consiga, porque lucha con lo imposible en la mayoría de los casos, logra sin embargo poner el marchamo de la desconfianza y del recelo á la inocente mercancía de muchas tradiciones que la sencillez de nuestros antepasados nos ha trasmitido como verdaderos. ¡Menguado logro para esfuerzos tan grandes y triste recompensa de labor tan ingrata!

Es la leyenda la poesía de la historia, como alguien ha dicho; y no hay pueblo sin leyendas como no hay flor sin aroma. La fiebre investigadora de nuestro tiempo va agostando muchas tradiciones que bien podrán seguir frescas y lozanas mientras el golpe certero de la verdad no las relegase justamente al olvido ó ganase sus resultancias para el campo de la historia. Sin hacer profesión de fe romántica ni añorar la virginidad de las cosas del pasado, sino dentro precisamente del aspecto positivo que tiene la investigación moderna, cabe pensar si vale la pena de sembrar dudas para no cosechar certidumbres, de entrar por la dura maleza de lo ignorado á ciencia de salir de ella sólo con miserables rasguños...

Que en las empresas difíciles no necesita el hombre para su gloria el éxito de los esfuerzos: le basta para ese fin el haberlas emprendido: es verdad; pero también lo es que dichos esfuerzos deben tender siempre á un práctico resultado.

El señor Cotarelo no ha malogrado los suyos en una esteril labor demoledora. Probado, á su juicio, que ni la tradición ni la historia arrojan luz alguna sobre el primitivo origen de la amorosa y fúnebre leyenda de los Amantes, sostiene, como hemos dicho, la opinión de que Alventosa, el doncel de Xerica, Artieda, Huerta y los demás divulgadores de los siglos XVI y XVII la tomaron del cuentista florentino Juan Boccaccio.

El argumento de *Girolamo y Salvestra* no es más ó menos semejante al de los amores de *Marcilla y Segura*: es sencillamente el mismo en sus circunstancias esenciales y hasta en pormenores no despreciables, por lo cual sería cerrar los ojos

á la luz el pretender que ninguna relación de dependencia exista entre ambos.

La relación existe: eso puede darse por descartado. Pero, aquí viene el verdadero nudo de la cuestión: ¿está la aventura de los Amantes de Teruel sacada del cuento de Boccaccio, como dice Cotarelo, ó conoció Boccaccio el suceso turolense y lo trasplantó á su libro, como pretenden Hartzenbusch y Fernández Guerra?

Veamos como defienden estos eximios literatos la originalidad de la leyenda aragonesa. «El sucedido de Teruel, dicen, es de principios del siglo XIII; á mediados del XIV, en que vivía y escribía Boccaccio, los aragoneses dominaban en Sicilia y de allí fué llevado á Florencia para figurar en aquella indigna galería de obscenidades con que Juan Boccaccio quiso divertir á sus paisanos.»

Refutación del Sr. Cotarelo: Si las cosas hubieran pasado como suponen dichos escritores, sería, con efecto, la única explicación satisfactoria del hecho. Pero como dista mucho de estar demostrado que el suceso sea cierto, ni del siglo XIII; como las primeras noticias que de él tenemos en España son del XVI, de ahí que la prioridad cronológica lleve en pos de sí la de invención del asunto. Por otra parte, la adaptación italiana supone una influencia nuestra más allá del Apenino que no ha existido ni en el siglo XIV, ni en el XV, ni en la primera mitad del XVI, sino al contrario. Después de la conquista de Nápoles por Alfonso V de Aragón, algo alternaron nuestros poetas con los italianos, y estos á su vez algo escribieron en castellano ó catalán, aunque siempre bajo la pauta italiana, introducida entre nosotros por Micer Francisco Imperial, el marqués de Santillana, Juan de Mena etc.; pero entonces hacía ya un siglo que estaba escrito el cuento de *Giro-lamo y Salvestra*. Mayor fué todavía el influjo de las letras italianas sobre las nuestras en los dos primeros tercios del siglo XVI: testigos Boscan, Garcilaso y tantos otros poetas de aquel tiempo. Por el mismo tiempo empezaron á traducirse é imitarse las obras de los novelistas y sus primeros ensayos dramáticos. Timoneda tradujo y arregló muchos cuentos de aquel país en su *Patrañuelo* y el *Sobremesa*. Alonso de la Vega, Lope de Rueda, Pedro Navarro y otros escribieron comedias de asunto italiano ó tomadas de autores de aquel país: esta costumbre llegó hasta Lope de Vega y Tirso Molina, que dra-

matizaron cuentos del mismo *Decameron* (*El anzuelo de Fenisa*, *El halcón de Federico*, *Palabras y Plumas*, etc.) Los cuentos de Boccaccio corrían traducidos entre nosotros desde fines del siglo XV. ¿Cómo admitir que si este hubiese tomado el asunto de los Amantes, no lo hubiesen recordado algunos de los que precisamente en Valencia, no lejos de Teruel, tanto explotaban las burlas boccaccianas?»

Reside, en las anteriores líneas todo el nervio de la argumentación cuyo innegable vigor aún ha querido reforzar el señor Cotarelo con otras observaciones que, á nuestro juicio, ya no convencen como las anteriores.

Nada en efecto, significa, al lado de lo dicho, que la leyenda aragonesa no fuese muy popular y extendida hasta la publicación del poema de Yagüe de Salas, ni menos habría que extrañar que, aún siendo del siglo XIII, aparezca como formándose trabajosamente en siglos posteriores y tratada con incertidumbre y variedad en algunas circunstancias no significantes de ella.

Si la historia erudita no puede tirar la primera piedra contra el pecado de adulterar alguna vez la verdad, ¿como podremos pedir á las tradiciones populares que no enturbien el agua del pasado, de suyo nunca clara por arrastrar los sedimentos del tiempo!

«Sin acudir á los siglos remotos ni crónicas rimadas,—dice el Sr. Moreno Rodríguez en el prólogo de un libro que también trata de darle la puntilla á otra leyenda—tropezamos en las tradiciones populares de ayer con sorprendentes desviaciones de la verdad. En los días de la batalla de Alcolea el rapsoda popular tomó por su cuenta el suceso y dió testimonio de él, utilizable por el historiador futuro, en dos versos de un cantar que comenzaba así:

En el puente de Alcolea
La batalla ganó Prim....
que no estuvo en Alcolea. Y en estos otros:
En el puente de Alcolea
Mataron á Novaliches
Hombre de malas ideas.

Aquí la fuerza del asonante hace atribuir maldades á un respetable señor que murió muchos años después de la batalla, en olor de santidad. Ningún cantar menciona al duque de la Torre».

La inseguridad pues de noticias y el error en pormenores interesantes no indica siempre la inconsistencia propia de un asunto poético: son inconvenientes de toda narración de hechos pasados, que tocan á su grado máximo cuando el pueblo es quien la hace.

Y en cuanto al exámen del fondo del hecho, permítanos el Sr. Cotarelo que no nos parezca tan pasmoso que en el siglo XIII hubiera en Teruel, ó en cualquiera otra parte, personas dotadas de sensibilidad tan exquisita como puede haberlas en nuestra época. Otra cosa es la inverosimilitud que tienen los pormenores con que se encuentra sazonado el suceso en las antiguas versiones y que verdaderamente repugnan al buen sentido. Y si las abandonamos, ¿qué queda de la leyenda?

Queda... eso: un excelente é instructivo trabajo crítico del señor Cotarelo y, ¿por qué no decirlo?, la esfinge burlona del pasado, simbolizada en la pre gunta que va en cabeza del presente... trabajo ni crítico ni instructivo:

¿Tradición ó traducción?

C. RIBA Y GARCÍA.



FILOLOGÍA

Diálogos familiares acerca del Eúskera

en relación con las demás lenguas y en particular con el castellano

(A mi querido amigo Julio Urquijo.)

DIÁLOGO II

El Eúskera y las demás lenguas.

(CONTINUACIÓN)

AURELIO. Dejemos pues el Bascuence, y así desarmado como Vd. me vé, hablemos con sinceridad.

¡Que siendo un fenómeno tan manifiesto no lo hayan echado de ver los autores! Los autores, amigo mío, ó no se han puesto á reunir todos los *yos* de todas las lenguas, y así no es extraño no hayan visto lo que no pensaron nunca en mirar, ó estaban tan prevenidos contra la unidad común y originaria de las lenguas, que se han desdeñado de comparar el *yo* de las diversas familias. Añádase que ninguno tenía en su mano la llave de oro, que es el Eúskera.

Don Julián, nos hemos acuartelado dentro del círculo lingüístico I-E, no nos atrevemos á hacer excursiones á otras familias; y cuando las hacemos, nos impide ver lo que veríamos la aprensión y prejuicio de ser lenguas de muy diversa estructura, contribuyendo á ello no poco la falsa distinción de lenguas monosilábicas, aglutinantes y flexionales, fórmulas que no sólo están vacías de toda realidad objetiva y son meros espejuelos superficiales, que fabricaron algunos con materiales que ellos creían tomar del mundo real, pero que sólo sacaron de sus

cabezas, sino que han detenido y retraído á todos los que hubieran podido compararlas y hallar la verdad.

JULIÁN. ¿Y así deshace Vd. de un solo golpe la clasificación de las lenguas admitida por todos los modernos?

AURELIO. Paciencia, Don Julián, que ya llegará la ocasión de probarle mi aserto ⁽¹⁾; hoy no quiero detenerme, porque estamos fatigados y deseo deshacer las prevenciones que le quedan y he comenzado á deshacer.

Nada más obvio que los mayores inventos después de hallados, como Vd. sabe, y nada menos pensado pocos momentos antes.

Además, ese núcleo *ni* se encuentra, como hemos visto, revestido de más formas que Proteo en las diversas lenguas, y revuelto en confusa mescolanza con las más corrompidas del núcleo *gu*; era necesaria la aplicación del imán á esa mezcla para separar el hierro de los demás elementos, y ese imán es el *ni*, *nik* del Bascuence, que todo el mundo tenía arrinconado como un mueble pasado de moda.

Pero ¡que ese núcleo se haya conservado tan intacto á pesar de las grandes transformaciones de la lengua!

Los que entran en el campo de la Lingüística con ciertas prevenciones, como ésta y otras parecidas, y luego se nos vienen á echar en cara á los católicos nuestra superstición y nuestro apego á la Biblia, bien podían darse media vuelta sobre sí mismos y pensar un poco si no son esas más groseras y menos fundadas supersticiones.

JULIÁN. Sermoncito tenemos, no se podía menos estando en España.

AURELIO. Es cosa que no me agrada mucho mezclar la cuestión religiosa con las materias científicas; pero, Don Julián, cuando las hallo mezcladas no puedo menos de echar mano de los reactivos para separarlas.

La mayor parte de los lingüistas modernos (mucho me cuesta decirlo pero no lo callaré) suponen la falsa teoría del salvajismo primitivo de la humanidad como un hecho probado é inconcuso, de aquí que fantaseen infinidad de siglos, y por ende transformaciones inauditas en la vida de las lenguas.

Este supuesto no es una consecuencia deducida de los datos científicos, verdaderamente científicos; es un postulado de los

(1) Cfr. *El Lenguaje*, t. I, CEJADOR.

principios antireligiosos, que han minado la sociedad actual y han penetrado hasta los gabinetes de los sabios más concienzudos y serios: ved por qué no puedo menos de ver en su dicho de Vd. una cuestión semireligiosa por lo menos.

JULIÁN. No disputemos: Vd. cree en los pocos años que la Biblia atribuye á la vida de la humanidad y por consiguiente cree que el lenguaje no ha sufrido tan grandes cambios y aún tal vez que no se originó de los gritos brutales de los primeros salvajes, sino que nació completo de un golpe; yo creo lo contrario y conmigo está la ciencia moderna. Es inútil pasar más allá, yo no puedo admitir, ni siquiera permitir se plantee esta cuestión ya juzgada por la ciencia, yo no puedo volver á las doctrinas de sus teólogos de la edad media.

AURELIO. ¡Vamos! No se sonría Vd. tan inocentemente, Don Julián, que va á creer Don Carlos que no habla Vd. de esa ciencia como lo siente. ¡Pobre ciencia! y cuantos Sanbenitos le cuelgan! ¿Cuándo ha dicho la ciencia, por vida mía, que el hombre lleva de existencia todos esos siglos que se dice, y cuándo ha dicho la ciencia que las lenguas han sufrido todas esas perturbaciones?

JULIÁN. Lo dice, amigo mío, y dejo la sonrisa y la broma á un lado, lo dice la *Prehistoria*, la *Historia* con sus pirámides, la *Antropología* y la *Lingüística*.

AURELIO. Sin duda la *Prehistoria* con sus edades de piedra y de bronce, que todavía no han terminado: porque es sobremanera gracioso el que, ya que no se haya podido hallar el hombre terciario, y no por falta de buenos deseos, se haga hincapié en el hombre de los *palafitos* y de las *cavernas* del *mamut* y de las armas de *silex*, que pueden ser de ayer, como lo son de hoy en algunas comarcas, aún dentro de la cultísima Europa. Es como si en Inglaterra creyendo ponderar mucho la antigüedad de un personaje, se dijera que había visto con sus propios ojos á los hombres del campo de su tiempo labrar la tierra con la antiquísima reja romana.

También nosotros los Españoles, hemos alcanzado esos tiempos, y por nuestra triste ventura hemos visto á esos antiquísimos labradores la mano á la mismísima esteva que empuñaba Dentato.

En cuanto á la nebulosa cuestión antropológica de las razas, le remito á Vd. á Gumilla en su *Erinoco ilustrado*, donde leerá experimentos y conclusiones, de los que tal vez no tiene Vd.

noticia, y á su paisano Quatrefages, si es que el bueno de Gumilla le parece sobrado bueno por anticuado.

De las dinastías y pirámides de Egipto nada le digo, porque tampoco dice nada en resumidas cuentas la historia, y después de recorridas las listas de Maneton, Eusebio, Papiro de Prissa y Templo de Karnate, recapacite un poco y verá cuán despejada se le queda la cabeza para ver los largos siglos que hacen Vds. proclame necesarios la ciencia histórica.

La lingüística nó, esa si que no pide todos esos siglos, sino es para aquellos que sólo han mirado superficialmente á las lenguas, y que yo compararía á nuestros aldeanos. Preguntad á uno de éstos si se parece á la suya de Castilla la lengua que oye en labios del francés que tiene delante de sí, y le oireis contestar: ¿A mí con esas? ¿Me cree Vd. tan lerdo que vaya á comparar un huevo con una castaña?

Lo que es las lenguas, Don Julián, no exigen esa antigüedad, repito que nó; y si no me dan tierra antes de tiempo, le prometo que se lo he de hacer ver. ⁽¹⁾

Por lo demás, contra el hecho del *ni* y otros semejantes no me vaya Vd., para no darle crédito, á arguir con la antigüedad y transformaciones del lenguaje y de ese mismo *ni*; que si os vé cogido en ese círculo vicioso pudiera repetiros la consabida copla:

«Los muertos que vos matáis, gozan de entera salud».

Y á continuación os podría arguir de este modo: «¿Con qué para negar que estoy aquí, pretende Vd. apelar á mis transformaciones? Pues yo no estoy transformado; héteme aquí de cuerpo entero, y se lo diré, para que mejor me entienda, en Sanskrit y en Hebreo, en Mejicano y en Guichua, en Copto y en Cafre, en Australiano y en Bascuence! y entienda Vd. que, como yo, están tan sanos y cabales los demás miembros de ese organismo del cual formo parte y que Vds. llaman lenguaje; y no nos levanten calumnias so capa de que lo dice la ciencia, porque la ciencia somos nosotros, el *ni* y el *gu* y cuantos formamos parte del habla, que por no se qué capricho se empeñan Vds. en hacernos más viejos de lo que somos».

Precisamente, Don Julián, los sufijos y los elementos gramaticales se conservan mucho mejor entre los salvajes que en los pueblos cultos: lo cual le ha chocado á Vd., pero no es

(1) En el tomo siguiente del *Lenguaje*, que se publicará en breve.

menos cierto. Si quisiera darle razón de tan extraño fenómeno, acudiría á las monedas antiguas, que se pasaban años y aún siglos casi intactas entre aquellas gentes incultas, que no conociendo las ventajas del comercio y del trabajo que el dinero lleva á cabo y del producto que rinde puesto en circulación continua, lo guardaban muy encerradito en el fondo del arca, cuando no bajo un ladrillo de la caballeriza; mientras que hoy no le damos un momento de reposo. Las monedas antiguas de aquella gente inculta, se hallan más intactas. Don Julián, después de muchos siglos, que las que se acuñaron hace diez años, y eso que nosotros estamos algo más civilizados; pero precisamente por eso mismo han pasado más de mano en mano y se han gastado más por el roce incesante que sufren.

(Continuará.)

XOUJ DEL CAIRO.



Sección de Arte

LA TECHUMBRE MUDEJAR

DE LA CATEDRAL DE TERUEL

(CONTINUACIÓN)

Nos hallamos, al parecer, en pleno reinado de D. Jaime el Conquistador, según la interpretación dada á la tercera sección ó tercer espacio de la techumbre.

En las secciones restantes aparecen otras figuras de reyes y de reinas; y una de dos, ó todas las secciones se refieren al mismo personaje ó representan reinados sucesivos que por varios atributos y accidentes podremos tal vez calificar.

De todos modos, no hay que pensar en una serie ordenada y completa de monarcas, sino más bien de hechos relacionados con las grandes tradiciones de la Iglesia Turolense, y de circunstancias que por ser contemporáneas tal vez del artista, hirieron más profundamente su imaginación. Hechos y circunstancias que se traducen á veces en alegorías de muy difícil interpretación.

Como vimos ya al describir los interesantes dibujos de la sección tercera, aparece en ellos claramente indicada la primera fundación de la Orden Franciscana en Teruel; los santos titulares de los más antiguos templos aparecen también: San Pedro y otro santo en la sección tercera, San Miguel, en la que hoy vamos á analizar. Desgraciadamente, esta sección que es la cuarta, hállase mutilada. Manos alevés arrancaron de allí misteriosos personajes y seguramente los más importantes.

La parte derecha del artesonado presenta, sin embargo, una hermosa figura de reina: corona trilobada como la que ostenta el monarca de la sección anterior, larga túnica que en nume-



rosos y apiñados pliegues oculta los pies y sirve de pedestal á la figura; elegante *colardia* con los acostumbrados adornos en forma de M; heráldico faldellín rico en colores, representando el motivo de las barras aragonesas⁽¹⁾; dorado cetro con remate flordelisado; peinado partido en raya con bucles alrededor de las orejas. La estatua de Juana de Borbón, dama que vivió hacia los años 1350, nos presenta un hermoso ejemplar de este mismo traje.

Frente á la figura, hállase precisamente el plafón vacío de la parte izquierda, el cual, sin duda, correspondió al monarca marido de la reina descrita.

Y debajo de él, en la línea ó serie inferior, aparece otro personaje por demás interesante.

Túnica de color rojo, manto oscuro, en el hombro izquierdo apoya un cetro también flordelisado; no lleva corona, un casquete rojo, á manera de gorra con visera, le cubre la cabeza; con el brazo derecho oprime contra el seno un libro encuadernado en cuero rojo. Que no es un rey nos lo dice la ausencia de corona; que es un príncipe aragonés lo asegura el cetro; el libro supone alguna indicación más difícil de adivinar.

Los príncipes que fueron jurados sucesores á la corona durante la época á que parecen referirse estas pinturas, fueron dos: en 1276, Alfonso, que después reinó como el tercero de este nombre; en 1301, un hijo de Jaime II, llamado Jaime también, el cual profesó en la Orden de San Juan. ¿Acaso la pintura se refiere á este personaje? Y en tal caso, la reina



(1) Solían llevar estos faldellines heráldicos, á la derecha los blasones de la casa marital, á la izquierda los de la mujer. En ésta aparecen tan sólo los del marido.

que hemos visto ¿podría ser D.^a Blanca de Nápoles madre de aquel príncipe? No podemos salir de meras conjeturas.

En el número seis de la parte derecha, aparece una pintura interesantísima que tal vez representa el gran combate de San Miguel con Lucifer ó sea con el dragón infernal. El Angel le clava la lanza, el dragón se revuelve furioso y pretende morderle en la pierna. Viste aquel el traje militar ceñido al cuerpo con su jubón de cuero y las piernas desnudas. El dragón es rojo, con alas de águila.



Sabido es que el arcangel San Miguel es titular de una de las más antiguas iglesias de Teruel; en la cual, según Cuadrado, un retrato de Jaime I recuerda; todavía á los fieles, la institución de la Cofradía de Caballeros establecida en 1262 por aquel monarca.

Motivos de pura ornamentación, en esta sección cuarta, son los vigorosos canes que presentamos y el bellissimo pavo real



dos veces reproducido en las dos series superior é inferior de la parte izquierda y en ambas bajo el número 4.



Ni faltan los leones heráldicos tan repetidos en toda la techumbre, rojos, rampantes, y tal vez de más enérgica ejecución que los que dominan en el resto de la obra.

La lucha del dragón, aquí ya vencido, se repite en una de las zapatas; corriendo por el lado opuesto los versículos del Ave María en hermosos caracteres monacales.



Y esto es lo que principalmente llama la atención en la cuarta sección de la bellísima techumbre de la Catedral de Teruel.

MARIANO DE PANO.

(Se continuará).



Notas

APLAZAMIENTO.—Tenemos á la vista unos cuantos monumentos que se han inaugurado en Zaragoza durante las pasadas fiestas. Nos permitirán nuestros lectores que por hoy suspendamos el correspondiente juicio.

En el próximo número de la REVISTA, cuando se hallen por completo terminadas las obras, daremos nuestra modesta pero sincera é imparcial opinión.

El apasionamiento y hasta los ideales políticos perturban actualmente la serena esfera del arte, y conviene dar tiempo al tiempo para que se despeje la atmósfera y podamos discutir con tranquilidad y reposo el mérito respectivo que encierran esos trabajos con los cuales se ha embellecido nuestra población.

*
* *

EN FAVOR DEL ARTE.—Los municipios franceses de Reuilly y Tours han construido hermosísimos palacios que sirven de digna morada á sus Concejos. Es muy común en Francia el deseo de que todos los Ayuntamientos dispongan de suntuosos y bien decorados locales, deseo que no existe aquí en España, donde la miseria y el mal gusto imperan en casi todas las casas Consistoriales.

Eugenio Carrière, el gran artista, quizá el más admirable pintor entre todos los franceses, trabaja actualmente en cuatro magníficos lienzos decorativos que han de representar las cuatro edades de la vida. Estos lienzos están destinados á ornamentar el salón de sesiones del Ayuntamiento de Reuilly.

En Tours acaba de inaugurarse el nuevo *Hotel de Ville*, espléndida obra del arquitecto Mr. Lalau. Han colaborado en este edificio los pintores Laurent, Henri Martín, Cormón, Thirión y Anquetin y muchos escultores, entre ellos Barau y Lefèvre.

El Ayuntamiento de Zaragoza que piensa ahora en la contratación de un empréstito cuantioso, debiera fijarse en tan repetidos ejemplos y procurar imitarlos en lo que fuera posible. No es necesario invertir grandes sumas para hacer una obra notable; se requiere tan sólo buen gusto y exquisito cuidado en la elección de directores técnicos y artísticos. Dentro de nuestra forzosa modestia cabe desarrollar iniciativas muy fecundas.

Si alguien cree que un nuevo palacio municipal constituiría un lujo excesivo é intolerable para los bolsillos de los ciudadanos, piense en los muchos gastos necios que á todas horas se hacen sin utilidad ni lucimiento alguno para nuestro pueblo ni para sus nacientes industrias.

*
* *

UNA OBRA DE VELÁZQUEZ.—Copiamos de la magnífica revista catalana *Forma*.

«Hoy vamos á publicar por primera vez una de las obras más sinceras más ingenuas de D. Diego Velázquez. Es el delicioso retrato de un niño que queremos reconocer por uno de los hijos de Felipe IV. Sabido es cuantas veces el serio y taciturno pintor se complació en las infantiles imágenes de sus príncipes. Coloca en el cuadro el fuerte mastín rendido á sus pies, los rodea de un paisaje de montañas, y en aquel ambiente grandioso, el joven príncipe, á pié ó á caballo avanza tranquilamente, con el instinto confiado en su bondad y en su nobleza.

Pero en ninguno de estos retratos infantiles llega Velázquez al grado de ternura y afabilidad con que pinta la suave cabeza de la galería Doria. Es la cara más llena de amable precocidad, interesada por las bellezas de la vida.

Esta obra preciosísima había pasado completamente inadvertida á todos los estudiosos de Velázquez. Ni Beruete, en su reciente estudio, ni el alemán Karl Justi, en su monumental obra de Velázquez y su tiempo, habían dado ninguna noticia de este retrato.

Fué el eminente profesor D. Adolfo Venturi, el primero que perseverando en su propósito de publicar cuanto hubiese ignorado, en las galerías de Roma, dió cuenta de ella, con una pequeña noticia, publicada en su revista *L'Arte*. — (J. V. L.)





NOTAS PROVENZALES

LA OBRA DEL FELIBRIGE

HAN transcurrido cincuenta años y de pie sobre la cumbre del tiempo podemos contemplar admirados la obra de los siete amigos y descubrir respetuosamente nuestras cabezas para saludar al gran Mistral, cuya gigantesca figura se destaca sobre el monumento levantado al renacimiento de la lengua provenzal con titánico esfuerzo, más meritorio cuanto más humilde fué la cuna que le balanceó en sus primeros días.

Siete jóvenes provenzales, Mistral, Aubanel, Brunet, Mathieu, Roumanille, Tavan y Giera, se reunieron en 21 de Mayo de 1854 en casa de este último en Font Ségugne y prometiéndose mutuamente defender, amar y cantar la lengua provenzal, echaron los cimientos de una asociación que más tarde había de ser el *Félibrige*.

La trascendencia de aquel acto sólo hoy podemos apreciarla. Al calor de aquellos alientos juveniles pronto surgió en la Provenza y en el Languedoc un verdadero ejército de intelectuales emprendedores de la más hermosa cruzada, que en defensa de una causa santa, el renacimiento del *gay saber*, ha visto levantarse la Francia del siglo XIX.

Su influencia ha sido inmensa, colosal y ha traspasado las

fronteras, que en otras épocas más felices no existieron, buscando en nuestra patria, especialmente en Cataluña, una fraternidad justificada en la igualdad de origen y en la tradición siempre veneranda, que tuvo la virtud de hacer oír de nuevo los cantos de los trovadores provenzales de uno y otro lado de los Pirineos, confundidos en los mismos agapes celebrados en honor de las musas y de las cortes de Amor. Pudieran decirlo Alberto Quintana, Balaguer, de Torres, Martín y Folguera...

Seguir paso á paso la marcha, progresiva y triunfal de la obra incubada al calor de un bien entendido amor á la *patria chica*, sería empresa incapaz de contenerse en las estrechas exigencias del artículo de una Revista; bastará mencionar los principales actos que ha inspirado, para rendir un tributo de admiración á los fundadores de la Felibrigia, dando una debil idea del movimiento que han sabido provocar para gloria de la literatura de nuestra vecina nación. En 1859, la villa de Nimes, tuvo la dicha de presenciar la primera fiesta de los felibres, donde Reboul conoció á sus tres amigos Mistral, Roumanille y Aubanel y bendijo al primero que partió para París, donde pronto su *Mireille* obtuvo un éxito asombroso y el premio de 2.000 francos de la Academia francesa. Más tarde el gran poeta escribe su *Oda á los catalanes*, leída en los Juegos Florales de Barcelona de 1862.

El mismo año *l' Armana* da á conocer los primeros estatutos del Felibrige. Este comprende siete secciones de siete miembros cada uno, que hacen nn total de cincuenta con el *Capoulier*. Según estos Estatutos el Felibrige se propone «conservar á la Provenza su lengua, su carácter, su libertad de obrar...» y al lado de los cincuenta felibres se encuentran cincuenta mantenedores que les acompañan.

De nuevo Font-Segugne sirvió de centro de reunión á los felibres en 1867, invitados por el príncipe Bonaparte-Wyse, seducido por las bellezas de la lengua provenzal. No fueron menos de treinta los que acudieron al llamamiento del príncipe irlandés y entre ellos encontróse nuestro inolvidable D. Víctor Balaguer, desterrado por entonces de España por motivos políticos. En reconocimiento de la acogida por los felibres dispensada al autor de los *Pirineos*, los patriotas catalanes enviaron á Mistral la copa de plata de la cual el Felibrige hizo su *Coupa Santo*.

Camboulin, Boncherie, Castets, de Tourtoulón y Chabaumeau fundando en Montpellier (1869) la «Société pour l'étude des langues romanes» encauzaron con acierto la obra del Felibrige formalizando los estudios gramaticales, literarios é históricos que á sus fines convenía.

Pronto, al siguiente año, una de las aspiraciones de los felibres cristaliza en un grito de guerra. Mistral en la *Arma a Prouvençau* defiende la necesidad de realizar la confederación latina, para oponerla á las razas enemigas á las nuestras, á las razas germánica y rusa. Como para justificar esta idea el emperador D. Pedro Alcántara del Brasil tuvo una entrevista en Marsella con Mistral en 1872. El 73 la sociedad «l'Aube Provençale» hacía elevar sobre la montaña de Santa Victoria la *Cruz de Provenza*; y el Ministro de Instrucción pública encargaba á Bruguier y á Tourtoulón de determinar el límite entre la lengua de *oc* y la lengua de *oïl*.

Por iniciativa de la Sociedad de lenguas romanas, Montpellier celebró sus primeros Juegos Florales, en los que Mistral se lamentó del menosprecio que las clases burguesas sentían por la lengua provenzal, atribuyéndolo á vanidad mal entendida.

Hasta 1876 no celebró el Felibrige su primera *Sainte-Estelle*. Tuvo lugar este acontecimiento en la sala de los Templarios de Avignon y allí fueron redactados de nuevo los Estatutos de la obra creando tres categorías de felibres; los Mayorales, los Mantenedores y los Asociados. El territorio del Mediodía fué dividido en cierto número de Mantenedores, suprimido en el año actual. De la mantenenencia de Cataluña fueron nombrados, Balaguer asesor, Quintana síndico. También fué elegido síndico del Languedoc el baron de Tourtoulon. En este acto se decidió ofrecer á los hermanos catalanes una copa de plata en correspondencia de la que ellos habían enviado á los felibres de Provenza. Esta copa, sin embargo, no fué entregada hasta 1878, en los primeros Juegos Florales septenarios celebrados en Montpellier, apravechando la circunstancia de ser el poeta laureado el catalán Martin y Folguera, que eligió á madame Mistral por primera reina del Felibrige.

Los meridionales reunidos en París crearon la sociedad «La Cigale»; y en la Provenza y el Languedoc, aparecieron serias é importantes revistas y otras publicaciones periódicas que vinieron á secundar el esfuerzo de los hombres consa-

grados á resucitar la hermosa lengua que se escuchaba en las antiguas Cortes de Amor.

Si nos hubiéramos propuesto otra cosa que dedicar un recuerdo de admiración á la obra del Felibrige, nos veríamos obligados á proseguir nuestra tarea, haciendo historia de las brillantes manifestaciones que han servido para poner de relieve la influencia de los felibres en la literatura con sus reuniones de la *Santa Estelle*, sus *Juegos florales septenarios*, sus escuelas y sus publicaciones y especialmente con las bellísimas obras literarias que ha inspirado y que de por sí, este estudio habría de ocuparnos muchas páginas. Baste á nuestro intento lo dicho hasta aquí, y sin despedirnos de proseguir tan grata labor, que sirvan de homenaje nuestras modestas líneas á la obra que sirvió de modelo á nuestra institución de los Juegos Florales, ya arraigada en el hispano suelo, y que este año hemos tenido el alto honor de ver presididos por el ilustre felibre Barón de Tourtoulón.

RAFAEL PAMPLONA.



CONCEPTO DEL EMPLEADO

Qué es el Empleado? En su concepto fundamental y primitivo es pura y simplemente un *criado*, ó dicho con más propiedad, un *sirviente* que se compromete á prestar ciertos servicios mediante un *salario anual*.

El individuo que se compromete á prestar un servicio permanente á un particular por meses ó por años, en general lo hace sin formalidad especial, sin más que la avenencia ó acuerdo de ambas partes contratantes. Es de suponer que quien entrara al servicio de una entidad moral ó colectiva, un concejo, por ejemplo, fijándonos en la entidad más sencilla, lo hiciera del mismo modo, aunque de ordinario el plazo sería mayor é indefinido en algunos casos.

Como la representación inmediata de la entidad concejo podía variar y de ordinario variaba de un año á otro, es natural que el contrato del sirviente, llamémosle empleado concejil, se consignase de un modo ú otro por escrito en documento que firmasen ambas partes contratantes.

Es probable que los sirvientes de la entidad, reino ó nación tuvieran en un principio este mismo carácter con contrato explícito ó implícito por el simple nombramiento del jefe del Estado ó ya de alguno de sus subalternos: también nos parece evidente que en un principio y por mucho tiempo, todos los cargos, excepto el de jefe supremo, debieron ser amovibles; no sería fácil, ni interesa á nuestro objeto, fijar la época en que los diferentes cargos se hicieran más ó menos inamovibles: lo que nos importa dilucidar no es lo que ha sido, sino lo que debía ser el empleado ó sirviente de una entidad política, llámese Ayuntamiento, Diputación provincial ó Estado.

Todas estas entidades necesitan tener personas que presten ciertos servicios administrativos, cuya necesidad se hace sentir

de un modo permanente, y al contratar tal servicio, de un modo implícito en el nombramiento, ó hasta cierto punto ya explícito por la costumbre ó ley, ha debido partirse del supuesto de que el plazo era indefinido y regularmente vitalicio, ó mejor dicho, mientras el sirviente pudiese servir, aunque la obligación ó compromiso por parte de éste siempre habrá sido más amplia y se habrá considerado como con pleno derecho á dar por terminado ó denunciar el contrato para un breve plazo y en último término *el contrato del trabajo* sea corporal y mecánico, sea intelectual en mayor ó menor grado *de hecho siempre será rescindible por parte del obrero*; pues esencialmente todo contrato de servicio, lo es de servicio intelectual, y por lo que tiene de este carácter serán ineficaces las leyes para obligar á que se preste bien el servicio que se haya contratado: á lo sumo podrá obligarse á indemnización después de un pleito pericial difícil de resolver; por eso en todo servicio, aún el puramente intelectual, de hecho habrá que admitir siempre la rescisión del contrato por la simple voluntad del obrero; en conformidad con esta teoría, entre nosotros todo empleado puede renunciar el cargo, aunque no abandonarlo: sólo á los militares en tiempo de guerra les está prohibido pretender romper su compromiso; pero si alguno, saltando por todo, pide el retiro, hay que concedérselo ó enviarlo á la guerra de soldado ó á un presidio.

Ahora bien, si el contrato de trabajo ó servicios por su naturaleza habrá de ser siempre rescindible de hecho por voluntad de una de las partes, ha sido equitativo y prudente que en el caso del contrato con el empleado éste no quede obligado á nada y el Ayuntamiento, la Diputación ó el Gobierno hayan de quedar obligados de un modo permanente? Pero se dirá que esta es la ley: es verdad, pero debe serlo?—Discutamos esto.

Para evitar unos inconvenientes, casi siempre caemos en otros mayores y admitimos absurdos.

Queda indicado que las necesidades de servicios por parte de las entidades, Ayuntamientos, Diputaciones y Gobierno son de ordinario permanentes y por tanto necesitan siempre tener sirvientes que presten el mismo servicio, y así como el particular, si no median circunstancias especiales, tiene interés en seguir con los mismos mientras éstos estén en condiciones de prestar los mismos servicios, con mayor razón le conviene á la entidad política el no cambiar de empleados mientras éstos sirvan bien.

Es de suponer que mientras los empleados se consideraron como verdaderos sirvientes contratados para prestar ciertos servicios, no se considerase el empleo como una ganga, ó digamos prebenda, que diese derechos y en realidad no impusiese obligaciones, ó al menos que éstas fuesen muy inferiores con relación á las ventajas, que proporcionaba: mientras las cosas anduvieran así es de suponer que de hecho los empleados fuesen inamovibles, pues el que tuviera el derecho de nombrar no se vería muy solicitado por aspirantes importunos, y puede asegurarse que de ordinario, cumpliendo bien el empleado, el jefe no había de tener interés en variar; esto aún suponiendo que no se hubiera inventado el refrán ó dicho harto pesimista *«vale más malo conocido que bueno por conocer»*. Que ésta debió ser de ordinario la conducta respecto á los sirvientes de entidades políticas, lo prueba lo que se observa en las casas particulares: nadie cambia de criados por el prurito de cambiar, sino porque con razón ó sin ella no está satisfecho del criado, como éste no cambia de amo sino por la misma razón de no estar satisfecho.

Es indudable que en el siglo pasado, sin que esto quiera decir que no sucediera ya antes, se había llegado á considerar los destinos ó empleos como una ganga ó prebenda; de aquí el que con más ó menos frecuencia, el que mandaba, quitaba un empleado, sirviese bien ó mal, para poner en su lugar un amigo personal, un amigo político ó quizá una persona completamente extraña, que de un modo ú otro compraba el nombramiento.

Así permanecieron las cosas durante largos años, produciéndose gran confusión en la administración siempre que cambiaba la situación política, pues entonces el trasiego de empleados en los ramos que no tenían la inamovilidad, era casi general para satisfacer los compromisos de partido, produciéndose cambio menor, cuando sólo cambiaba el ministro dentro de una situación política.

En algunos ramos, Guerra y Marina, Gracia y Justicia, en la parte referente á esta última é Instrucción pública, quizá por la índole especial de los servicios, se había llegado ya á la inamovilidad en cuanto al cargo, aunque no en cuanto al punto del destino; naturalmente, los que eran inamovibles, se encontraban muy bien con esta prerrogativa, pues no estaban expuestos á los vaivenes de la política, y aún podían desafiar

las iras ministeriales injustas y hasta las justas, pues para poder separar á un empleado por formación de causa ó expediente, se necesita que haya sido muy malo y al mismo tiempo muy torpe, ya que por malo sólo, de hecho no se le puede separar.

Las clases de empleados que no tenían la inamovilidad, se pusieron á trabajar para conseguirla, y exagerando los abusos ministeriales, que no eran pocos, de que eran víctimas, y ponderando de un modo fantástico las ventajas que al Estado reportaría el que los empleados pudieran obrar con independencia de recomendaciones de ministros y caciques, y que los que necesitaban estudios pudieran dedicarse á ellos sin la preocupación que produce en un padre de familia el no tener asegurada la subsistencia para sus hijos, poco á poco se ha concedido la inamovilidad á casi todas las clases de empleados, encontrándose los Gobiernos al querer hacer reformas administrativas con la inmensa red de derechos adquiridos, ya que, aún los regalados se parte del principio de ser intangibles, pues como dicen los niños *«Santa Rita Santa Rita, lo que se da no se quita»*. Si interesa suprimir una clase de empleados, sus individuos, en virtud de los derechos adquiridos serán muy aptos para desempeñar cualquier destino superior, pero para otro de igual sueldo no tendrán aptitud y clamarán injusticia, si se les obliga á ellos á no ser que sea en el punto en que á uno le convenga.

¿Se procedió con acierto al conceder la inamovilidad á la mayor parte de las clases de empleados, y es acertada la tendencia á que lo sean todos y por añadidura á que en todas ellas los ascensos sean de escala? Desde hace muchos años he creído un mal muy grave la inamovilidad entendida como se ha planteado, de modo que sea de ley, y que para la separación se requiera expediente ó proceso, en el que se pruebe jurídicamente que el empleado ha faltado en su cargo de un modo grave; y la razón es muy sencilla: para que un empleado pueda ser sometido á la formación de expediente es preciso que sea muy malo y al mismo tiempo muy tonto; así, supongo que no son muchos los expedientes formados á empleados, y creo que nadie ha de poner en duda de que en todas las clases hay algunos, pocos ó muchos, que merecían ser separados y quizá algo más.

Queda indicado que la inamovilidad de hecho, es la natural

cuando el amo y el criado, (el Estado y el empleado) no tienen queja uno de otro, ó el criado y el empleado no tienen interés en rescindir el contrato: al precomizar la inamovilidad, se hizo para evitar los abusos de los Ministros, como si no hubiera habido otro medio de evitarlos; bastaba que el Ministro no pudiera dar la vacante, y con esto se remediaban ó evitaban el 99 % de las separaciones injustas.

Para proceder á la separación en los casos en que fuera necesaria, podía, por ejemplo, formarse una Junta, á la que el Ministro ó Jefe propusiese la separación, alegando los motivos de un modo sumario y verbal: que los individuos de la Junta, sin resolver en el acto, pudieran, si lo creían oportuno, pedir explicaciones ó noticias confidenciales á Jefes y subalternos del procesado, y resolver *si ó no* en votación secreta: los individuos de la Junta pudieran ser empleados de la misma clase, nombrados por el Ministro ó por los mismos empleados: téngase en cuenta para apartar los temores de la arbitrariedad, que cuando se trata de castigar, no sería fácil inducir á ello á los individuos de la Junta sin razones ó pruebas muy convincentes, que muy bien pueden serlo, sin que sean de tal indole que puedan probarse judicialmente: y en último término, no teniendo el empleado la inamovilidad declarada en la ley al tiempo de obtener el destino, no podría tacharse de arbitraria la separación, aun en el supuesto de que en algún caso las apariencias fuesen en realidad engañosas.

Hacia el año 1876, reunido el Claustro de profesores de la Universidad Central, no recuerdo con qué objeto, el entonces Rector, Excelentísimo Sr. D. José Moreno Nieto, propuso al Claustro la separación de un empleado de la Secretaría, que entonces no eran aún inamovibles, añadiendo que si el Claustro lo deseaba, indicaría los motivos de la propuesta; el Claustro, por aclamación no quiso más explicaciones, y acordó la separación: no tengo ningún escrúpulo de no haberlas pedido; pero no sería partidario de que tales asuntos se resolvieran sino por pocos, y en votación secreta.

Por el mismo motivo de evitar el favoritismo ministerial se ha ido introduciendo en casi todos los ramos de la administración el ascenso por rigurosa escala: aunque conviniendo que el favoritismo es más difícil de evitar que la injusticia ó atropello ministerial directos, me ha parecido más funesto en la

administración el principio del *ascenso por rigurosa escala, que la inamovilidad*.

Como el principio del ascenso por rigurosa escala está en abierta contradicción con el principio elemental de administración, de que el Estado debe buscar para los diferentes cargos á los más competentes, primero se adoptó este principio sólo en los Cuerpos militares especiales, á quienes se exigían mayores pruebas para el ingreso y fin de carrera, aceptando que los estudios son garantía de competencia permanente: la garantía de la conducta, que se debe buscar para el cargo, tanto más cuanto éste sea más elevado, también se suponía y supone existir por la conducta en general más correcta de los individuos de los aludidos cuerpos especiales.

Pero aún así, siempre me pareció absurdo el principio, tanto más en carreras en las que los individuos ejercen mando, para el cual además de la ciencia ó conocimientos técnicos debe exigirse tacto ó prudencia, ó golpe de vista ó como quiera llamarse; pues si puede ser un mal grave el poco tacto de un Teniente en las pocas veces que haya de obrar por su cuenta, en lo que no sea exclusivamente técnico, los males podrán tener más transcendencia en un Capitán, en un Comandante ó en un Coronel, quienes con más frecuencia habrán de obrar por su cuenta y podrán comprometer mayores intereses: quizá sólo en el profesorado tuviera menos inconvenientes el principio, pues hay poca diferencia en que uno enseñe mal en un Instituto provincial ó en otro, en una Universidad ó en otra.

Procediendo siempre con el mismo poco sentido práctico, que pudiera decirse que nos es característico, para evitar los abusos que pudieran cometerse y se cometían en los ascensos por concurso, y más en los de simple elección, en casi todas las clases se han aceptado los ascensos por escala cerrada, y en las que no se ha llegado á ello, es el desideratum de la generalidad: sé que son muy pocos los que participan de mis ideas, pero es porque creen imposible el organizar las cosas de modo que se evitaren los abusos: convengo en que quizá no fuera fácil evitarlos todos y que los ascensos se dieran siempre con rigurosa justicia; pero no soy tan pesimista que no crea que pudiera intentarse una organización, en la que se diesen garantías de acierto: por lo que he visto en mi larga carrera del profesorado é intervención en alguna similar, las injusticias se cometían no tanto por desconocimiento de quien

fuera el más digno, ni aún por malicia de los que en ello inter-venían, cuanto por debilidad de carácter:

Podría intentarse que las Juntas para proponer los ascensos no fueran nombradas por el Ministro, sino por los individuos del mismo cuerpo, en votación secreta que se remitiese á la Dirección respectiva, y como en los cuerpos especiales, lo mismo que sucede en las aulas, los compañeros juzgan en general con más acierto que nadie respecto al mérito de cada uno, quizá pudiera intentarse una votación directa para el ascenso en cada vacante, concediendo el voto á los individuos de la misma categoría de la vacante ó de todas las superiores: para simplificar, ya que las vacantes en las últimas categorías habían de ser más frecuentes, podría cada vez procederse á varias propuestas, disponiendo que cada votante pusiese dos, cuatro ó más nombres por el orden de preferencia y que obtuviesen las vacantes los propuestos con mayor número de votos, y de preferencia, pues es claro que quien obtiene 10 votos para el primer lugar y otros 10 para el segundo, tenía mejor calificación que quien hubiese obtenido 18 votos para este segundo lugar, y aún que quien hubiera obtenido 20.

El ascenso por rigurosa escala además de los inconvenientes apuntados de imposibilitar al Estado el conferir los cargos á los empleados más competentes por sus conocimientos en unos casos, y en otros por su moralidad ó conducta y celo en el servicio, tiene el inconveniente gravísimo y de inmensa transcendencia de matar todo estímulo; pues sabiendo el empleado al ingresar en un cuerpo ó en una escala, que, cumpla bien ó cumpla mal, irá ascendiendo, que ninguno de los que ingresen después por mucho que valga por todos conceptos le será antepuesto, y que tampoco él podrá ser antepuesto al que le precede por holgazán y torpe que éste sea, se comprende que ni un momento trabaje con entusiasmo y hay trabajos que si no se hacen con cariño y entusiasmo, siempre se hacen mal.

Se dice que con el sistema de concursos para los ascensos, si había estímulo y entusiasmo, pronto venían los desengaños con la injusticia de los ascensos, y con el desengaño el decaimiento consiguiente: sea así; pero como esto no podía suceder hasta después de algunos años, siempre había la ventaja de subsistir el estímulo durante bastante tiempo, pues como en el Profesorado, por ejemplo, no se podía optar á un ascenso de categoría sino después de cinco años, cuando menos existía el

estímulo durante los cinco primeros años, y como para concebir esperanzas y darse por ofendido en el primer fracaso, se necesitaba ser muy pretencioso, el completo desaliento no podía llegar hasta después de bastantes años de servicios, y esos años los había ganado el buen servicio.

De mí sé decir que, cuando después de varios años en las Universidades de Granada, Zaragoza y Madrid obtuve la categoría de ascenso, pues entonces no regía aún el sistema igualatorio, teniendo en cuenta y reprobando la práctica que se seguía y que á mí me había favorecido, de dar gran importancia á la publicación de obras, resolví emprender la publicación de mi *Bibliotheca Arabico-hispana* con objeto de poder alegar este mérito especial, si llegaba á poder optar después de cinco años á la categoría de término y tener probabilidad de conseguirla sin necesidad de pedir favor; en realidad no llegó el caso, pues pronto los ascensos efectivos se dieron por rigurosa antigüedad y se quitó el estímulo; sin éste, la publicación de la *Bibliotheca Arabico-hispana* es probable que no se hubiera emprendido, aunque después se continuó por otros estímulos.

Derechos pasivos: Así como la conducta de un amo que tiene necesidad de muchos sirvientes y que para premiar los buenos servicios asciende ó da cargos superiores á los que le han servido mejor, ha dado lugar, olvidando el concepto primitivo del empleado, á la inamovilidad y al ascenso por escala cerrada para evitar males que en las relaciones de amo y criados no tenían lugar, pero sí con más ó menos intensidad en las del amo Estado con los *empleados*, sirvientes ó criados, del mismo modo la conducta del amo con el criado, que después de largos años de servicio, pero *servicio verdaderamente excepcional*, deja de poder trabajar, le protege en su vejez y aún tiende su protección á la familia en la esfera en que puede hacerlo, ha servido sin duda de punto de partida para que el Estado concediera derechos pasivos, primero á unas clases, luego á otras, y finalmente á casi todas, y no en premio de *servicios verdaderamente excepcionales*, sino simplemente prolongados: esto al principio no tenía consecuencias graves, pues el empleado viejo ó inutilizado, en general desaparece pronto; pero se ha ido extendiendo la jubilación, autorizándola ó haciéndola forzosa en gente relativamente joven, de modo que sólo por este concepto el Estado paga dos salarios por un servicio; es más, siguiendo la misma indicación de que el amo sigue protegiendo la familia

de quien le prestó durante largos años *servicios verdaderamente excepcionales*, el Estado ha querido no ser menos y ha concedido las pensiones de viudedad y orfandad, resultando de aquí, no que pague dos salarios por un criado, como hemos visto, sino tres ó más, pues con frecuencia entre viudedad y orfandad duran 50 años ó más, de modo que suponiendo que unos con otros los empleados desempeñan su cargo durante 25 años, al ingresar uno, el Estado paga dos, á los 25 años se jubila éste y entra otro en su lugar, siendo ya tres los que cobran por un solo empleo y cuatro á los 50 años, y esto debe estar sucediendo con mucha frecuencia en las carreras que tienen derechos pasivos de antiguo ó desde hace más de 50 años. No es exageración; las consecuencias de los derechos pasivos de uno, duran con frecuencia más de 50 años; en otras el mal no habrá llegado al máximo, pero llegará; y, cosa singular, como los derechos pasivos no entran de un modo directo en el presupuesto general y por de pronto casi nadie advierte el aumento de gastos, se conceden de un golpe derechos pasivos á una clase; se carga con ello el presupuesto con miles de duros, los agraciados aplauden y nadie protesta, ni aún el Ministro de Hacienda, encargado de poner freno á las pretensiones de aumento solicitadas por los demás Ministros: así el Ministro de Instrucción pública, que no pudo consignar dotación para media docena de cátedras de nueva creación, de un golpe y como de paso, aumentó los gastos del presupuesto, como si hubiera consignado sueldo para 100 cátedras, pues con su decreto de jubilación forzosa, hubieron de quedar jubilados más de 100 profesores entre Universidades Institutos y Escuelas similares, y como los jubilados tenían generalmente el máximo de sueldo, ó poco menos, los derechos pasivos que cayeron sobre el presupuesto representaban bastante más que 100 plazas de nueva creación.

Desde hace muchos años se viene clamando alguna que otra vez contra los derechos pasivos, sin que esto haya sido obstáculo para que se hayan concedido á ciertas clases que no los tenían reconocidos, resultando lo de siempre, que como no figuran en el presupuesto, no lo aumentan de un modo perceptible, pero sí de un modo real, y nadie clama contra la generosidad del Ministro, que aplauden los agraciados, diciendo que por fin el Ministro les ha hecho justicia, justicia en verdad relativa, pues les concede el mismo privilegio injustificado de que con injusticia gozaban otras clases.

Tan convencidos están todos de que no debían existir los tales derechos pasivos, que hace pocos años se presentó en las Cortes, si mal no recuerdo, el correspondiente proyecto suprimiéndolos para los que ingresasen en lo sucesivo: no se desistió de ello por oposición, que se hiciera al proyecto, sino en último término porque sus buenos efectos ó resultados de disminuir el presupuesto, ó de no irlo cargando, no se habían de notar hasta después de muchos años, y por tanto no había el interés de una medida de resonancia, que hubiera de aplicarse al activo del partido político, que lo llevara á cabo.

Hoy, con la generalización de los seguros sobre la vida, hasta han desaparecido los motivos de sensiblería que motivaron los derechos pasivos; el que no quedase en la miseria la familia de un empleado que había ejercido funciones más ó menos importantes: hoy, merced á la existencia de grandes Compañías de seguros sobre la vida, el empleado activo, sacrificando parte de su sueldo, puede asegurar una pensión para su familia: es verdad que esto obliga á la economía y previsión, dos cosas, cuya recomendación es poco simpática al público, y cuantos aspiran á ser empleados serán partidarios del *statu quo*, es decir, de que las cosas sigan del mismo modo, y en definitiva que el Estado, como si fuera el tesoro del Gran Turco, nos mantenga á todos.

Si yo fuera Diputado ó Senador, propondría el siguiente proyecto de ley. Artículo único: Los empleados que ingresen en el servicio del Estado, de las Diputaciones ó Ayuntamientos, desde la aprobación de la presente ley, se someterán en cuanto á lo que hoy se llama inamovilidad, ascensos y derechos pasivos, á lo que se resuelva en leyes posteriores.

F. CODERA.



LAS HUELGAS

(CONTINUACIÓN)

XII

Con el afianzamiento y extensión definitiva de la grande industria coincide el reconocimiento ante la ley del derecho de asociación. El derecho á la huelga, bastante restringido en sus comienzos, no siempre bien interpretado, y la ley letra muerta en la mayoría de los casos por las causas ya indicadas, inician la tercera fase de las huelgas.

Carlos Marx y Federico Engels, fundadores del socialismo científico y de la Asociación internacional de los trabajadores, establecen un nuevo método en las contiendas entre patronos y obreros. No deben los trabajadores lanzarse á luchas desesperadas en las que siempre salieron vencidos, derramando inútilmente la sangre, sino oponer una sólida organización en armonía con el desenvolvimiento industrial, donde la resistencia pasiva garantizada por las cajas de resistencia y la solidaridad reglamentada, aseguren, sino un éxito completo en las reclamaciones, al menos un triunfo relativo.

Desde esta época las huelgas propiamente dichas se manifiestan en todo su vigor. Y es que al compás que los medios de producir se perfeccionan, el régimen de fábrica las hace inevitables, y á la vez determina nuevos procedimientos de lucha entre obreros y patronos.

Y en efecto. Con más ó menos capacidad y conciencia de sus intereses; con mayor ó menor grado de cultura y organización, las huelgas constituyen un fenómeno del que ya es imposible sustraerse á él. Sin distinción de sexos, los trabajadores de las más heterogéneas profesiones desde las más liberales á las

más penosas y repugnantes, acuden á ella. Modistas, cocineras, escogedoras de trapos, *sirvientas*, tejedoras, literatos, obreros de la industria, músicos, pastores, coristas, toreros, telegrafistas, marinos, comerciantes, agricultores, oficinistas, barrenderos, viajeros, poceros, etc., etc., hasta los verdugos. ⁽¹⁾ Y es que las mismas causas determinantes de la huelga en el mundo industrial, se reflejan y producen los mismos efectos en el comercio, en la agricultura y en el mundo intelectual.

Ya hemos dicho cómo la grande industria, concentrando en un mismo lugar gran número de trabajadores, hace sentir la necesidad de unir sus fuerzas para contrarrestar los efectos de la concentración del capital. A medida que aumenta el número de obreros al servicio de una misma empresa, aumenta en ésta, de una parte la codicia, de otra la necesidad ó el deseo de competir. No nos detendremos en analizar los múltiples detalles que lleva consigo la forma industrial moderna de producción que hacen imposible la indiferencia de los trabajadores en la defensa de sus intereses; sólo diremos que cuanto mayor es el número de obreros reunidos, mayor es el deseo de mermar los salarios y aumentar las jornadas. Muchos pocos hacen un mucho, y esta es la máxima seguida siempre por cuantos han vivido utilizando en su provecho el trabajo de los demás. De aquí el sistema de multas, retenciones de salario, despido injustificado de obreros y otros abusos que traen consigo toda esa serie de huelgas de dignidad, solidaridad, etc., de las que no creemos necesaria explicación.

Este fenómeno, casi desconocido en el pequeño taller, se manifiesta con toda su rigidez en el moderno sistema de producción, cuyo régimen de fábrica crea una férrea disciplina semejante á la militar, donde el obrero ejerce todas sus funciones á la voz de mando ó al toque de campana, incluso comer, dormir, etc. Y es que en la condición moral del hombre casi tanto como sus cualidades nativas influye el medio social en que vive y en el que desarrolla la conciencia. Y esa ambición, no innata en los hombres, sino resultante de la organización actual de la sociedad, no puede desaparecer mientras las relaciones sociales no sean otras.

De mí se decir que entre dos males escogería siempre el

(1) En los Estados Unidos se declararon en huelga no hace mucho 400 verdugos reclamando mejoras en las condiciones del trabajo. Esta huelga la perdieron estos *carceleros*, puesto que fueron ocupados todos sus puestos por otros tantos *esquivols* chinos.

mejor. De las dos condiciones sociales que excepción hecha de la de mendigo, existen en la actual sociedad, de explotado ó explotador, optaría siempre por la segunda. Y aunque en cualquiera situación siempre hallaría imperfecto el modo de ser actual, entre enriquecer al patrono á cambio del salario como satisfacción escasa de las necesidades, ó vivir utilizando el trabajo de los demás, según hemos visto al hablar del salario, la elección no es dudosa, me inclinaría siempre por esto último.

XIII

De la Internacional acá, corresponde una nueva etapa en la organización obrera y en las huelgas, aunque desde esta fecha, precisamente, se hayan generalizado, en una buena parte de la clase obrera los procedimientos de violencia, que el desarrollo industrial principia á rechazar, y que no obedecen á la evolución de las fuerzas productivas, sino á la presencia de un nuevo factor tan importante como perjudicial, á nuestro entender, para la causa de los trabajadores: á la aparición del anarquismo.

El propósito de nuestro trabajo no tiene otro objeto, que exponer el desarrollo de las huelgas desde un punto de vista, ya económico, ya político, ya social, pero siempre como resultantes del desenvolvimiento de la industria. No nos referimos á esos movimientos que tienen otro fin del que humanamente se puede dar hoy á las huelgas, y que, con el nombre de tales, sólo sirven para retrasar y entorpecer su desarrollo, y á nuestro juicio, y respetando toda contraria opinión, para lastimar grandemente los intereses de los trabajadores. Llegada, pues, esta fase de las huelgas, se hace precisa una importante aclaración.

Anteriormente hemos manifestado que las fuerzas productivas, evolucionando, perfeccionándose y acelerando la producción y la concentración del capital, crean fatalmente los elementos necesarios para la disolución de la actual sociedad. Un estado crea á otro estado. El régimen feudal, evolucionando, dió vida al estado capitalista encargado de terminar con él. Así el estado capitalista, al desarrollar sus inmensas fuerzas productivas, crea al estado proletario á condición fatal de su propio desarrollo y de su propia existencia. «La burguesía engendra por sí misma á sus propios sepultureros».

Pero toda transformación de la sociedad implica una presión mayor—moral y material—de los oprimidos, sobre los poseedores del poder. La burguesía no derrotó al poder feudal sino cuando tuvo más fuerza que él *y se encontró capacitada para regirse á sí misma*. Así el proletariado terminará con la tutela burguesa, cuando necesaria y fatalmente haya adquirido esas condiciones; quien crea lo contrario vive fuera de la realidad.

La huelga, pues, tiene por fin, en primer término, mejorar la condición moral y material de los individuos y de la raza, satisfaciendo necesidades de todo orden—nutrición, higiene, recreo, etc.—debilitados más cada día por la marcha avasalladora del capitalismo, y en segundo, para capacitar á la masa trabajadora para ulteriores conquistas en lo porvenir, educándola en el ejercicio del derecho y en el cumplimiento del deber, dignificándola y apartando de ella ese conjunto de egoísmo é ignorancia, resultante de su actual situación, causa primordial de esa actitud que, en muchos casos, tanto daña sus propios intereses, y dándole una idea exacta de la verdadera libertad basada en el respeto á sus semejantes y la tolerancia á las ideas ajenas. Es decir, el libre desenvolvimiento de cada uno sin perjudicar á los demás, en contraposición de lo que en nombre de la libertad practican ciertas escuelas.

Las huelgas son las primeras escaramuzas de la gran batalla final, precursora de una nueva organización social. El interés de la causa obrera exige, pues, que estas contiendas no se pierdan y que tengan ese carácter educador que, necesariamente, deben tener hoy. De ellas depende la adquisición de las condiciones de capacidad que venimos hablando, y que, tanto como tarden los trabajadores en adquirirlas, tardarán en conseguir su emancipación, puesto que el hombre, en cualquier estado social, ha de ser esclavo de su propia ignorancia. «La transformación de la sociedad es inevitable; la emancipación de los trabajadores sólo de los trabajadores depende».

En este criterio se inspiró la famosa Asociación Internacional de los trabajadores, que al desterrar los viejos procedimientos de lucha, por los cuales, los conflictos entre patronos y obreros resolvíanse siempre por la sola acción de las armas, reconoció á la vez la necesidad de la acción política de la clase obrera, por entender, que no es posible un desenvolvimiento económico sin su consagración en el terreno del derecho, puesto que las

grandes conquistas de los trabajadores han de obtenerse por las vías legislativas.

Y esta hubiera sido la táctica seguida por la Internacional, que ya principió á dejar sentir sus efectos, á no ser por la diferencia de criterio que existía entre los mismos obreros. De una parte, los socialistas partidarios de Marx y Engels, que sin perder su carácter profundo y esencialmente revolucionario y transformador en el fondo, entendían una lucha pacífica, educadora y ordenada, en oposición á los procedimientos de violencia y al estéril derramamiento de sangre, y de otra los anarquistas de Bakounine que creían obtener, no el mejoramiento moral y material de los trabajadores, que para ellos es cosa secundaria, sino la transformación de la sociedad á sangre y fuego, por medio de revoluciones inmediatas que con el nombre de huelga general, tantas víctimas han causado y tanto han contribuido, no sólo á la paralización, sino al retroceso de la organización obrera. Esta división dió en tierra con tan poderosa colectividad.

Muerta la Internacional á manos de los aliancistas ó anarquistas, se manifestaron las dos tendencias por separado. Por regla general, los trabajadores de las naciones más desarrolladas industrialmente siguieron las indicaciones de Marx, y fueron las primeras que organizaron poderosas federaciones. Alemania, Austria, Inglaterra, etc., han sostenido huelgas formidables en las que han conseguido los trabajadores colocar sus respectivos oficios á la altura que merecen, sin apelar á medios violentos que sólo víctimas producen, y hasta sin menoscabo de los intereses patronales, puesto que todavía van esas naciones á la vanguardia de la riqueza y de la producción.

En cambio, las naciones menos industriales, como España, Italia, Portugal, etc., siguieron las indicaciones de Bakounine, con toda esa serie de violencias y atentados personales que tanto daño han causado á la redención de los trabajadores, dando motivo á ignominiosas represiones y procesos, como el de Montjuich, y á la muerte de toda organización. Afortunadamente estas naciones, hace ya tiempo que principian á reaccionar, y á conducirse por el camino de la razón.

Para los individualistas ó anarquistas la huelga no tiene más objeto que la revolución social improvisada. El mejoramiento moral y material, la capacidad y la cultura no tiene para ellos importancia: la sociedad ha de hacerse antes que el

individuo. Para los socialistas, el individuo ha de hacerse antes que la sociedad. La satisfacción cumplida de todas necesidades morales y materiales, la creación de esa generación de hombres inteligentes y dignos, capaces de saberse gobernar y respetar entre sí, es tarea imprescindiblemente precursora de toda transformación; es decir, la revolución ó transformación social, pero á su tiempo y con las condiciones fatalmente necesarias. He ahí la enorme diferencia que separa á los anarquistas demolidores de los socialistas organizadores.

Nada tienen, pues, que ver con la evolución del trabajo y de la producción y ni aún con la aspiración razonada á la conquista del porvenir, esas sacudidas epilépticas é inconscientes á que se arrastra en muchas ocasiones á la clase obrera, y que, disfrazadas con el nombre de huelgas, tienen por objeto, no el mejoramiento de las condiciones del trabajo, ni la elevación del nivel intelectual de la masa obrera, sino la conquista de un ideal político que, al menos por hoy, es de imposible realización. Afortunadamente, estos movimientos casi han muerto ya desacreditados ante la opinión en general y de la clase obrera consciente en particular. No son más que luchas desesperadas de los impacientes ó de los ilusos, sin plan meditado, ni causa justificada, y forzosamente, han de estrellarse siempre contra la realidad.

Si mi tiempo lo permite, me ocuparé de ellas en otra ocasión.

ISIDORO ACHÓN,

Obrero de las Artes gráficas.



MAJADERÍAS TRASCENDENTALES

(ARTÍCULOS ANTIREGENERATIVOS)

III

¡ARRANQUÉMONOS EL HÍGADO!

UNA de las manías regeneradoras que se han metido en la propia médula, ó en la masa cerebral, de la flor y nata de los españoles graves y sesudos, consiste en querer separar la política de todo lo otro. Apenas entablan diálogo dos ciudadanos *conejos* (llamo conejos á los ciudadanos que muestran su patriotismo metiéndose en el agujero de su casa: ¡salvadora y sublime resolución!), á las dos palabras ya se han entendido perfectamente; ya estan conformes; han dado en el *quid* de todos los males presentes de la nación española: ¡la política, la bribona política, ésa lo malea todo!... (¡Qué campechamos! han resuelto la cuadratura del círculo). Imaginan á la política como pestilente charco que inficiona la atmósfera con sus gérmenes palúdicos; el que se acerca á sus inmediaciones, corre seguro peligro de que le ataquen los microbios y pierda la salud; hay que huir á toda prisa, para conservar incólume la sanidad del corazón y la rectitud del espíritu.

Si el ejército se encuentra mal, ya se sabe, la política tiene la culpa; si las cosechas no satisfacen al labrador, ó el trigo y la cebada se deprecian, la causa es la política, los políticos que no abren mercados á la producción nacional. En resumen; todos los males que padece España vienen de la política.

Entendiendo así la cosa, no es de extrañar que individuos y clases enteras huyan de la política, como del diablo, para

sacudir responsabilidades; y que á los políticos se les considere como turba depravada y viciosa. Los demás, no tenemos mancha ni defecto alguno, somos la gente más honrada y virtuosa que alumbra el sol.

Un medio ideado para librar á los negocios públicos de la nefítica influencia de los políticos, consiste en separar la administración. Eso se dice, eso se repite, eso se acepta.

Supongamos por un momento, que á uno se le constipa el hígado y aparece la ictericia: amarillea el blanco de los ojos, se enverdece la piel de todo el cuerpo ¡color horrible! ¡imagen de la muerte!...

Ya se sabe, el hígado tiene la culpa; sin hígado el cuerpo no amarillearía; pues bien, para librar á las demás partes del cuerpo, de la infección ictérica, arranquémonos el hígado, separemos el hígado de los restantes órganos...

Ah! no; operación tan cruel no debe hacerse; equivaldría al suicidio. ¿Arrancarse una entraña? ¡Canastos! u! ni pensarlo.

En carne viva, en cuerpo visible y palpable eso es barbaridad; pero en materias morales admitimos teóricamente la necesidad de la operación; todo el mundo, en este caso, acepta la conveniencia de tales amputaciones de un órgano social.

Yo me empeño en sentir lo anti-regenerativo; pienso al revés, creo imposible separar nada: en el cuerpo social cada órgano desempeña su oficio, si alguno de aquellos está enfermo, no suele tener él solo la culpa, sino todos los que debiéndole prestar los socorros necesarios para que tenga salud, no se los prestan. ¿Qué culpa tiene la pobrecilla hoja de árbol que amarillea porque no sube la savia para darle color y lozanía? ¿Hemos caído en la cuenta de que al arrancarla del árbol, en vez de amarillear, ha de secarse ó pudrirse? Cuanto más separemos la política del resto del organismo peor estará la política, y como sin política no hay nación, es imposible que nos arranquemos el hígado, si hemos de vivir.

Los españoles debiéramos desengañarnos y abandonar la necia y estrambótica manía. El instinto ciego nos lo está diciendó á voces; el instinto, sí señor, esa fuerza inconsciente que domina á la razón loca, cuando la voluntad, mal guiada, trata de poner en obra el necio designio.

No hace muchos años cierta parte de la opinión, los que se decían neutros, acogieron á la bandera personal de Polavieja. El entusiasmo de los neófitos se caldeó, hablando mal

de los políticos; el oleaje de aquel movimiento se encrepó y se hizo imponente, amenazando á todos los partidos; mas al poner en práctica aquellos ideales, cuando las aguas se amansaron y vino la quietud á los corazones, todas aquellas huestes fueron deslizándose suave y mansamente en busca del señor Silvela, es decir, en busca de un político.

Poco después, comerciantes, labradores é industriales se unieron en ruidosa protesta contra la política; querían hasta llevar á la horca á los políticos; el furor patriótico y la *fobia* política puso á las almas á temperatura del rojo; pero luego, fué bajando la temperatura, refrescáronse las pasiones, aplacáronse los odios y toda aquella gente tan entusiasmada se fué dispersando, nó para volver á las dulzuras del retiro en el hogar, sino para colarse por las puertas de la política, que hallaron de par en par abiertas: unos fuéronse con Villaverde; otros con Moret; otros con la república.

Si por el movimiento circular de un astro, se puede inducir la marcha que seguirán los otros, bien puede afirmarse que todo movimiento nacional que aparece como antipolítico, viene al fin á caer por sus pasos contados en la política; esos bólidos que aparecen en la atmósfera, describen una parábola, que les conduce, por su caída y peso natural, hacia el cuerpo que los atrae. Por donde se vé que los españoles nos movemos por una idea, para ir ciegamente á caer en la contraria.

Esa es la fortuna. Yo me alegro cuando en la vida nacional se nota que nuevas masas entran en acción; los movimientos más divergentes y opuestos á la política, sirven al cabo para venir á sumarse y vigorizarla. ¡Lástima que no se noten con más frecuencia fenómenos similares! La política al presente se desnubre y va quedando sin la savia que de las raíces viene; está amarilleando; las Cortes entregadas á discusiones bizantinas, donde ningún interés verdaderamente nacional toma parte: ¡Fruslerías, bagatelas, necedades!

¿Cuándo vendrán movimientos más conscientes, ya positivamente políticos y nacionales.

Ah! cuando cese de imperar en los entendimientos la majadería trascendental de querer arrancarse los higados. Sólo entonces cesará el pueblo español de andar pensando neciamente una cosa, y de estar haciendo de manera inconsciente y torpe la contraria.

DR. BRÁYER.

SARICA LA BORDA

NOVELA DE COSTUMBRES ARAGONESAS

(CONCLUSIÓN)

XXIV

¡LLEGÓ el otoño brumoso, triste y desahuciable. Se acercaba el día de la vista de la causa. Sarica hubiera querido asistir á ella y oír la defensa de su abogado. ¡Sería tan hermoso escuchar de los labios elocuentes de aquel hombre recto y sabio, á quien habían enternecido sus ruegos, la proclamación de la inocencia de su Juan! Pero si el Fiscal de la Audiencia repetía la terrible acusación que fulminó el Promotor del Juzgado, y que todavía le abrasaba la memoria, no podría resistir mas; ella sería la reo y la ejecutada; no tenía valor para escucharlo y sobrevivir.

Además el pobrecito Jesús estaba de cada día peor y no podía sacarlo de casa sin peligro de su vida. Se lo había dicho el médico. La naturaleza endeble del infeliz, venido al mundo á deshora, no había podido robustecerse con la savia del seno materno, porque aquella fuente de vida, de continuo viciada por el sobresalto y el dolor, era, para su débil organismo, tósigo lento que estraga, más que tónico reconstituyente de salud.

La misma Sara no era ya la muchacha fresca y suavemente encarnada, como pimpollo de rosa, cuyas graciosas turgencias y elegantes curvas excitaban el apetito de los sentidos. No por eso dejaba de ser hermosa; tenía la hermosura de las Ofelias pálidas y de las Vírgenes que pintaron los primitivos artistas florentinos; sus ojos bellísimos, rodeados de círculos violáceos, brillaban, en el rostro enflaquecido, con resplandor sobrenatural. El dolor había espiritualizado aquella figura elevándola al más alto grado de la ideal belleza. El mismo Trespès hubiera contenido sus torpes deseos y sentido respeto,

ya que no conmiseración de que no era capaz su alma impasible, ante aquella *mater dolorosa* que apoyaba en el brazo y mojaba con lágrimas la carita amarillenta de su hijo.

Las pocas horas que el niño dormía y que ella pasaba insomne velando su cuna, al observar la respiración tranquila y la leve sonrisa que á veces rizaba los labios descoloridos de su hijo como si entreviera visiones angélicas, la esperanza renacía en el corazón de la madre y las nubes plumizas, que envolvían su pensamiento de continuo, se teñían momentáneamente de color de rosa. Soñaba despierta; soñaba que su hijo mejoraba y que su marido salía libre de la cárcel; algo habían de poder la ciencia del médico y el talento del abogado, sus fervorosas oraciones y las misas que á menudo mandaba celebrar al cura del pueblo para pedir á Dios la salud de Jesús y la libertad de Juan.

Y en aquellos momentos de ideal consuelo y pasajera esperanza pensaba en abandonar el pueblo; se iría con el niño convaleciente á recibir á Juan en la puerta de la cárcel y marcharían los tres juntos, no sabía adonde, á una tierra en que nadie les conociera, en que no hubiese hombres malos que pusieran en peligro su tranquilidad, y su honra.

Ningún lazo la ligaba ya con aquellas gentes; sus relaciones con la casa grande, interrumpidas desde el insulto de Jenaro, habían quedado del todo rotas con la muerte de éste; la familia del tío Leoncio la odiaba desde que ganó el pleito; sólo el tío Gazote y la tía Celedonia, el padre y la tía de Juan, acompañaban su soledad y lloraban con ella; sentiría dejar á los pobres viejos, pero su

Juan no podía volver al pueblo donde aun estaba fresca la sangre de Jenaro.

Dejaría enterrados en Cerrillares todos sus tristes recuerdos y se irían á renovar la vida lejos, muy lejos, donde Dios les deparase un rincón para fabricar el nuevo hogar de sus futuros hijos, un rincón que la Providencia guarda siempre para las pobres aves dispersas, cuyo nido ha sido destrozado por la malicia y la crueldad de los hombres.

Si el hijo moría..., si Juan era condenado... no quería pensarlo ¿qué haría la solitaria golondrina en aquel lugar de desolación? los techos y las paredes de la casa se derrumbarían sobre su cabeza, aplastándola con estrépito bajo sus escombros.

En previsión del futuro, favorable ó adverso, preparaba Sara su bolsa de viaje. Vendió la viña, única finca que le quedaba libre, la vieja yunta y los aperos de labranza, que ya para nada le servían, por un buen puñado de duros, que guardó en el rincón del arca. Los muebles de la casa se los regalaría á la tía Celedonia en recuerdo de su cariño.

Se celebró la vista de la causa. El señor Cura trajo á Sara un número del *Diario de Zaragoza* en que se daba noticia de aquélla, poniendo por las nubes el talento y la elocuencia del ilustre letrado defensor de Juan Gazote.

El célebre jurisconsulto se había elevado á incommensurable altura, cerniéndose como águila caudal sobre los abismos de las pasiones humanas, sorprendiendo con mirada escrutadora las más ocultas vibraciones de las células cerebrales y de las fibras del corazón, desentrañando el recóndito sentido de la ley para hacer prevalecer el espíritu vivificador sobre la letra homicida.

Su elocuente voz había resonado ora en ardientes apóstrofes como un clarín, ora con veladuras patéticas y conmovedoras que llegaban hasta lo más hondo de la conciencia. La palabra razonadora y el grito de la protesta, el eco de la ley y el acento de la súplica se habían mezclado armoniosamente para elevar aquel maravilloso monumento

de la oratoria en honor de la justicia, de la verdad y de la dignidad humana.

Juán, el héroe del discurso, no era un criminal. Era un paladín del honor, un caballero andante que, luchando por el ideal en medio de esta sociedad prosaica y empujada, fué vencido por el fatal destino que desenlazó la tragedia de la sina del Horcajo.

El periódico terminaba la reseña de la vista felicitando con altisonantes frases al eminente abogado, á quien llamaba su particular y querido amigo, y felicitando de paso al afortunado reo que había tenido el singular acierto de encomendar su causa á tan prestigioso defensor.

Sara leía con lágrimas de alegría en los ojos y con balbuceos de emoción en los labios los párrafos del periódico, que no entendía bien, pero cuyo sentido adivinaba, sin acordarse en aquellos momentos del estado de su hijo ni de las penalidades sufridas. Ya se figuraba á su Juan absuelto y libre y, embargada por tan grata ilusión, miraba de vez en cuando á la puerta, como si esperara que de un momento á otro iba á aparecer en ella la noble estampa de su marido.

No sospechaba Sarica que aquellos elogios en letra de molde acaso pudieran ser escritos por la pluma de la amistad ó por el propio cosechero de los aplausos. No sabía la infeliz que las vibrantes palabras del discurso tal vez habían resonado en hueco ante el ujier asombrado, el relator aburrido y los adormilados señores del margen de aquella Sala devota de Santa Rutina á quien los curiales llamaban Sala de Obispos por su decidida afición á confirmar los fallos del inferior, medio cómodo de despachar los asuntos con economía de tiempo y de esfuerzo mental.

Si tales cosas hubiera sabido ó sospechado, seguramente que su entusiasmo no habría llegado hasta besar con sus labios descoloridos la tinta de imprenta del periódico.

Pasaron algunos días.

Amaneció el último de Octubre frío y lluvioso. El agua del cielo caía en finisimas gotas sobre las hojas amarillentas que temblaban en las ramas ateridas de frío. El peso del agua desprendía el débil pedúnculo de

las hojas secas, las cuales, revoloteando un momento, consteladas de diamantes, última gala de los pálidos mortifueles, caían á sepultarse en el fango. Así bajaban juntas de las nubes y de las ramas las lágrimas de Otoño á pagar el tributo á la madre tierra, que gemía al recibir las con leves chasquidos, como rumor de helados besos que resuenan en la losa del sepulcro.

Sarica velaba junto á la cuna con los ojos preñados de lágrimas que, al gotear sobre el cuerpo cadavérico de su hijo, parecían arrastrarlo á la tumba, como otra hoja seca que se desprende del árbol de la vida.

No había pegado los ojos en toda la noche, espionando la lenta agonía del hijo de sus entrañas, cuya vida pendía de un hilo tan sutil que no se atrevía á tomarlo en sus brazos, por temor de que al menor movimiento se quebrara. Llevaba ya una semana de tortura mortal esperando el desenlace de la penosa lucha entablada entre la debilidad y la muerte y de aquella otra lucha que suponía se libraba en la Sala de la Audiencia por la libertad de su marido.

La tía Celedonia entró con una carta que le había dado el peatón en la calle. Sara se la arrebató de las manos y rompió el sobre apresuradamente. Llevaba el timbre de su abogado. Empezó á leer: «Tengo el sentimiento de participar á V....» y no pudo leer más. Sintió un zumbido en la cabeza, una angustia opresora en el pecho y cayó desplomada.

Cuando volvió en sí con los auxilios de la tía Celedonia y del médico, que fué avisado por Manolo, preguntó por su hijo y se dirigió hacia la cuna. Don Serafín se interpuso: acababa de expirar.

—¡Quiero verlo! ¡quiero verlo!—gritó con acento desgarrador y atropellando á todos se echó de bruces sobre la cuna de Jesús, cuyo cadáver oprimió contra su pecho, besó y regó con lágrimas largo tiempo.

Al levantarse de allí ya no lloraba; el manantial de sus ojos se había agotado. Quedó muda é insensible mirando á todo como una demente; pero no pudieron separarla de la cuna que mecía silenciosa.

Así pasó buena parte del día.

El señor Cura vino á consolarla con esas palabras evangélicas cuya eficacia conocen bien los afligidos. El Señor había llamado á sí el alma inmaculada del niño antes de que se rozara con los dolores y se manchara con las impurezas de la vida. La prisión de Juan era una prueba más que Dios les mandaba. Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia.

La naturaleza humana posee secretos resortes de fortaleza contra el dolor, no sospechados hasta que se la pone á prueba.

Aun tuvo valor Sarica para acompañar al día siguiente hasta el cementerio el cadáver de su hijo y depositar sobre la tierra removida de la sepultura el último tributo de flores otoñales y silenciosas lágrimas.

Se arrodilló después y rezó ante las cruces que marcaban los sepulcros de sus padres adoptivos, y al despedirse para siempre de aquel triste lugar donde dejaba los restos de los seres queridos, sus ojos se fijaron en el panteón de los Zapatas y, alzándolos al cielo con un movimiento de sublime caridad, rezó el último padre nuestro por el alma de Jenaro.

.

Mediaba la mañana del 2 de Noviembre, día de la Conmemoración de los difuntos. El tañido lúgubre de las campanas contrastaba con la alegre limpidez del cielo cuyas nubes ahuyentó rápidamente un viento glacial, como para despejar el camino de las oraciones que en aquellos momentos subían al trono de Dios.

En la Iglesia de Cerrillares se veían numerosos grupos de mujeres y chicos, de rodillas aquéllas y sentados éstos, musitando las unas sus oraciones y despabilando los otros las velas y enroscadas cerillas que tenían ante sí, puestas en candeleros y cacharros ó pegadas en el santo suelo.

Los hombres, que fumaban y charlaban á la puerta de la iglesia, mientras el cura despachaba el interminable misón compuesto de tres misas al arreo, como ellos decían, vieron atravesar la plaza en dirección á la salida del pueblo un triste y silencioso grupo

que atrajo todas las miradas y suspendió todas las conversaciones.

Sarica enlutada montaba una burra del tío Gazote é iba acompañada por éste, que caminaba á pie con la manta al hombro, apoyado en su vara de fresno. Sólo faltaba ¡ay! el hijo en brazos de la madre para que el grupo representara fielmente la huida á Egipto. Detrás iba Manolo, caballero en otra burra, con el equipaje de la borda.

Al pasar por delante de la casa de Zapata, en que Sara no se fijó porque iba sentada de espaldas á ella, Antoñita, que la atisbó desde la reja del salón donde la familia rezaba por sus muertos, no pudo reprimir una lágrima de compasión y de cariño arrancada por la desgracia de Sarica.

Aquella lágrima fué por misteriosa simpatía el eco de la oración que Sara rezó en el cementerio por Jenaro. El perfume de la una y el rumor de la otra debieron subir juntos al trono de la Suprema Piedad como la ofrenda pura de dos almas heridas.

La triste cabalgata salió del pueblo y tomó el camino por el valle abajo, escuchando el clamoreo de las campanas, que daban á Sarica el adiós de despedida.

El tío Chavo, que estaba sentado en un poyo á la salida del pueblo, la saludó agitando el brazo lisiado por los franceses.

Aquella misma mañana, muy temprano, el tío Leoncio, que se cuidaba poco de los difuntos, salió con sus hijos y la yunta á preparar la siembra en la pieza de los Pradillos.

Vencido el día anterior el plazo de la carta de gracia, la finca era ya de Trespés y por consiguiente del tío Leoncio, en virtud del contrato que tenían hecho.

Había llegado el día, por tanto tiempo suspirado, de llamar suyas, todas suyas, las doce anegadas de los Pradillos. El maldito ribazo iba á desaparecer; el cordón de torcido y verdoso lomo que dividía en dos el campo de sus padres saltaría en mil pedazos al golpe de su azada, para que la reja del arado pudiera recorrer sin obstáculos la hermosa finca, trazando surcos de trescientos pasos, desde la cabaña hasta la alberca y

desde la alberca hasta la cabaña sombreada por el viejo peral, surcos que él marcaría orgulloso apoyada la mano en la esteva como el conquistador que en su carro triunfal toma posesión del mundo.

No cabía de gozo el tío Leoncio en su tostado pellejo mientras marchaba á largos pasos, adelantándose á todos, con la azada al hombro, á la conquista de los Pradillos.

Llegado allí, no quiso que sus hijos le ayudaran en la tarea de romper el ribazo; aquel puesto de honor se lo reservaba para él solo y no lo cedía á nadie, ni á su padre que viviera al mundo.

Se arrancó la chaqueta, el chaleco y el sombrero, que tiró sobre la linde; se arremangó los brazos y desabrochó el cuello sin reparar en el viento frío que soplabá, y, empuñando el azadón con ambas manos, clavó el bruñido hierro en el duro terruño, con el brío y la agilidad de los veinte años. Al primer golpe arrancó un enorme terrón que entregó al brazo secular de sus hijos para que lo deshicieran con el mazo, única misión que reservó á éstos en la ruda batalla.

Siguió anheloso, tenaz, incansable en la pesada labor por espacio de una hora. La tierra arcillosa, endurecida por tantos años de descanso, pisoteada por hombres y animales, trabada por las raíces de gramas, céspedes y tréboles, ofrecía una resistencia increíble á la penetración de la azada, que sólo el brío del tío Leoncio era capaz de vencer de un solo golpe. Apalancaba para desprender el terrón cortado y la tierra crujía al rasgarse mostrando sus entrañas compactas y rojas.

Empezó á sudar copiosamente. Sus hijos le rogaron que descansara para tomar un bocado y no les hizo caso: ya descansaría y almorzaría cuando terminara aquello.

Siguió cavando con ahínco, con furia. Se apoderó de él una fiebre que mantenía sus nervios en alta tensión y comunicaba extraordinario vigor á los músculos. El sudor caía hilo á hilo por su rostro y bañaba todo su cuerpo que el viento helado azotaba.

Los hijos, temerosos por la salud de su padre, le gritaban:

—¡Por Dios! padre, no trabaje más; descanse y abriguese, que nosotros acabaremos lo que falta.

—No, no; ya falta poco; ya no es nada; quiero acabarlo yo, yo solo.

Y siguió cavando, cavando. El resuello se fué haciendo más fatigoso, las piernas le flaqueaban, perdió el color; se tenía en pie merced á un supremo esfuerzo de su voluntad indomable. Dió el último golpe, arrancó el último terrón del ribazo y cayó de espaldas desvanecido.

Temblaba su cuerpo de pies á cabeza, le castañeteaban los dientes. Asustados los hijos le envolvieron en mantas y procuraron reanimarle dándole á beber aguardiente y frotándole las sienes con el mismo líquido. Cuando consiguieron reaccionarle, le montaron en una mula, le taparon bien y se diri-

gieron á casa, caminando uno á cada lado para sostenerle, como dos años antes Juan y Sarica acompañaron al tío José.

Pocos pasos llevaban andados cuando, en una revuelta del camino, el doloroso grupo que formaba la familia del tío Leoncio se encontró frente á frente con el triste cortejo que acompañaba á Sara.

El tío Leoncio y la borda cambiaron sus miradas por última vez y los dos grupos se cruzaron en silencio, atento cada cual á su propia pena.

El tañido de las campanas, que despedía á Sara del pueblo, llamaba al tío Leoncio á su lecho de muerte.

A ella le decían: ¡Adiós! ¡Adiós!

A él le gritaban: ¡Ven! ¡Ven!

Uno y otra caminaban en opuestas direcciones hacia lo desconocido.

XXV

EL viejo jurista D. Pedro Forcén andaba de mal en peor. La enfermedad que vagamente se había iniciado en los últimos años de su ejercicio profesional se manifestó con más claros síntomas después que cerró el bufete. El remedio del descanso, el cambio de régimen que su médico Don Matías Pardo tantas veces le aconsejó, llegaban ya tarde.

Todavía costó trabajo y dolor al avaro jurisconsulto renunciar á su clientela. Aun le parecía que necesitaba otro año más de ejercicio para acabar de redondearse. Cuando llamaba á su puerta algún cliente y la señora Francisca le manifestaba que Don Pedro se había retirado de la profesión, porque él no se sentía con valor para despedirlos, sufría como si le arrancaran algo de su carne. Sólo la imperiosa ley de la necesidad podía obligarle á semejante sacrificio.

Acostumbrado á pasar los días enteros sentado en el sillón de su despacho hojeando libros ó papeles, escribiendo ó conferenciando con los clientes, no sabía qué hacerse del tiempo.

Salía de casa y se avergonzaba de andar por las calles como un vago. Se dedicaba á hacer visitas y estos actos de puro cumplido le aburrían. Aunque tenía bastantes relaciones no contaba con verdaderos amigos. Separado de sus libros y de sus papeles, los fieles compañeros de toda su vida, que hasta entonces habían suplido la falta de afectos personales, comprendió la espantosa soledad en que se hallaba.

Se refugiaba en la iglesia, último puerto de los naufragos de la vida, y allí, á solas con su conciencia, meditaba más que oraba, sufría repasando sus tristes recuerdos y lloraba la esterilidad de su existencia. ¿Para qué trabajó? ¿para qué ahorró? ¿para qué torturó su inteligencia y mató su salud? ¿Qué sería de sus bienes? ¿Quién recordaría su memoria?

Padecía de insomnios, tenía sed constante y se le despertó un apetito voraz, como si la naturaleza le excitara á desquitarse de las hambres primeras y de la austera sobriedad de toda su vida.

El médico le prohibió el económico cocido;

no le convenían los garbanzos, las judías ni las patatas á que tan aficionado era; prescribiéndole en su lugar carnes asadas, huevos, caldos sustanciosos y nada de pan ó muy poco y tostado.

Ya no se vendieron aves y huevos de los que se criaban en casa, y con gran sentimiento de la señora Francisca, que se veía privada de los ingresos de su pequeña industria, empezó á despoblarse el palomar y el gallinero para alimentar al señor, el cual, á pesar de tan suculento trato, lejos de engordar, más bien tendía á enflaquecer.

Le recomendaba su médico el ejercicio corporal, higiénicos paseos para compensar el quietismo de los años pasados y despertar las energías vitales en aquel organismo prematuramente caduco.

Se le veía en las tardes de Otoño por los paseos más solitarios de la ciudad, apoyado en el grueso bastón, puestas la flamante capa azul por temor á los primeros fríos y la anticuada chistera, contemplar distraído la caída de las hojas, que crujían bajo sus pies ó se arremolinaban en las cunetas al pie de los árboles con susurro parecido al chocar de esqueletos que se agitan en macabra danza.

Los escasos transeúntes que le veían andar á pasos lentos ó recostado en las tapias tomando el sol se fijaban con pena en su rostro macilento, y le saludaban con frases y ademanes que tanto tenían de respetuosos como de compasivos.

El exceso de la alimentación, ó más bien el avance de la enfermedad, trajo consigo la dispepsia con su triste cortejo de gastralgias, acidez y vómitos y desde entonces, no obstante los mimos cuidados que le prodigaba la señora Francisca, el enflaquecimiento y la debilidad se fueron acentuando hasta el punto de que no le permitían salir de casa.

Don Matías Pardo torcía el gesto cada vez que le visitaba. La glocosuria no procedía de la transformación de los alimentos, era

una verdadera autofagia; el organismo de Don Pedro se devoraba á sí mismo; el enfermo estaba perdido.

Por entonces llamó á la puerta de su casa la triste Sarica á pedirle consejo en su difícil situación.

—¿A dónde quieres ir, hija mía?—le insinuó.—Quédate aquí. No sabemos á qué presidio será destinado tu marido, ni adelantas nada con volar á su lado. Quédate aquí: entre tanto solicitaremos el indulto. Mira: estoy muy achacoso, mi pobre cuerpo necesita de cada día más cuidados y la Francisca no puede llevar ya tan pesada carga. Me prestarás un buen servicio que yo te agradeceré en el alma, y tú tendrás en cambio un hogar que te hace falta y una protección que necesitas.

Sarica, compadecida del miserable estado de Don Pedro y deseosa de pagarle los servicios que no le había cobrado, decidió quedarse allí. Le hizo depositario del dinero que traía para ir remitiendo poco á poco á su marido y escribió á éste participándole su resolución.

Desde aquel día entró Sara á formar parte de la familia de Don Pedro, el cual no tenía otra que las dos fieles sirvientes que velaban por turno á la cabecera de su cama.

La enfermedad fué avanzando, avanzando, durante el invierno, á pasos de gigante. La consunción que le aniquilaba trajo consigo la ulceración de los pulmones. La tisis, con su aparato de fiebres vespertinas, tosecillas secas, raros esputos y ataques de disnea, era la insidiosa piqueta encargada de demoler á golpe lento la débil y ruinosa naturaleza de Don Pedro hasta dar con ella en el sepulcro.

Aquello era el principio del fin. Así lo comprendía el letrado, que presa del mayor abatimiento, exclamaba con tono asombrado y dolorido:

—¡Qué lástima, Francisca! ¡ahora que acababa de redondearme!

Cayó al fin en la cuenta de que el término medio de la vida no es de trescientos años como en los tiempos bíblicos, y de que ya no le quedaba tiempo para comerse en pequeñas tostadas la enorme cantidad de pan que podía amasarse con el capital que había acumulado.

Era llegada la hora de prepararse porque el gran viaje estaba próximo. Arregló sus asuntos espirituales con el Sr. Cura y empezó á ocuparse en la ardua tarea de redactar el testamento. En la imposibilidad de llevar consigo al otro mundo los bienes, con tanto afán y tan penosa labor adquiridos, pensó en instituir heredera universal á su alma, ya que no podía utilizarlos el cuerpo; pero el recuerdo de su hija, que la presencia de Sara le traía á la memoria constantemente, le movió á piedad hacia los infelices abandonados por sus padres y decidió compartir con ellos la herencia, en expiación de su propia culpa.

Declaró que nada debía sino el alma á Dios y el cuerpo á la tierra; ordenó su entierro y sufragios y dispuso del resto de los bienes á favor de los pobres de la Inclusa, encargando la ejecución de su voluntad á su médico D. Matías y al Cura de la parroquia en calidad de albaceas-fiduciarios con minuciosas precauciones para evitar que los bienes cayeran en el pozo sin fondo de la administración pública.

La enfermedad seguía su curso fatal. Los ataques de disnea eran más frecuentes. El médico dispuso que se le trasladase á la sala grande, llena para D. Pedro de indelebles recuerdos, donde podría respirar mejor.

Una noche de abril acometió al enfermo un alarmante síncope, y la señora Francisca que le velaba llamó á Sarica. Bajó ésta apresuradamente á medio vestir con una falda y un mantón que mal encubría su hermoso busto, y entre las dos le incorporaron con almohadones propinándole los remedios que eran del caso.

Fijó D. Pedro, cuando se reanimó, los turbios ojos en algo extraño que vió ó creyó ver en el seno de la joven, y abriéndolos desmesuradamente exclamó como iluminado por repentina evidencia:

—¡Mira, Francisca, mira! ¿es ella?

—¿Quien, señor?

—¡Mi hija, mi hija!

—El señor tiene muy débil la cabeza; su hija murió.

—¡No, Francisca, no! ¡mi hija vive! es ésta. Corre; avisa al notario, al médico, al cura; quiero que lo sepan todos.

—Tranquílcese, señor.

—No, no, ¡corre! ¡obedéceme! No quiero morir sin reconocerla y nombrarla mi heredera.

—Pero Señor...

—Lo he dicho, lo mando. ¿Qué hacéis á mi lado si no me servís para nada?

Sarica aturdida se disponía á obedecer la orden imperiosa del enfermo, lo cual notado por éste añadió:

—¡No! tu no te apartes de mí; que vaya ésta; pero corriendo, volando. Tu aquí hija mía. ¡Hija de mi corazón! ¡dame tus brazos! ¡gracias Dios mío! ya puedo morir tranquilo.

El letrado y la borda se confundieron en largo y efusivo abrazo durante el cual gozaron ambos intensas, desconocidas é inexplicables emociones.

La señora Francisca corría entretanto á cumplir la orden de Don Pedro. ¿Deliraba su amo? Quien sabe... Recordó que la noche en que llevó la niña á la cuna de los pobres, al entrar en la calle de la Inclusa vió un bulto que se retiraba por el extremo opuesto. Depositó la recién nacida en el torno y marchóse. Pero apenas dobló la esquina notó que se había olvidado de echar la tarjeta; volvió apresuradamente á dejarla en la cuna y otra vez distinguió el bulto que se retiraba al extremo de la calle. ¿Habían depositado otra niña inmediatamente antes ó después

que la suya y cayó sobre aquella la tarjeta?
¿Quién lo sabe...?

Cuando el notario el cura y el médico penetraron, casi al mismo tiempo, en la alcoba de D. Pedro Forcén, Sarica abrazaba su cadaver.

Juzgaron aquellos señores que todo lo ocurrido fué alucinación del moribundo provocada por los objetos que le rodeaban y el recuerdo de escenas desarrolladas tiempo atrás en la misma alcoba, y se dispusieron á cumplir el testamento.

Celebrados los funerales, Sarica se atrevió á pedir tímidamente el dinero que depositó en poder de su amo; pero como no tenía resguardo alguno y D. Pedro declaraba que

nada debía, las austeras y delicadas conciencias de los albaceas no pudieron acceder á su petición, limitándose á pagarle los salarios de los meses que le había servido: de esta manera los últimos restos de la fortuna de Sara fueron también á parar á la cuna de los bordes.

Y al salir de aquella casa se encontró como el día en que naciera, puesta otra vez en el torno de la inclusa, de esa enorme inclusa del mundo indiferente y frío donde se albergan los desheredados del amor y de la fortuna.

JUAN BLAS UBIDE.



HOJAS SUELTAS

HA salido Maura del Salón de Sesiones y los diputados que llenaban el fondo del pasillo le han dado una ovación calurosa, estruendosa, prolongada. Los otros diputados, los de las minorías, gesticulan hacen chistes dolorosos y agresivos ó insultan con el gesto, con la mirada relampagueante de indignación, con gritos que tienen algo de alaridos y que surcan á veces siniestros la tempestad de aplausos que los ministeriales prolongan gozosos, envanecidos, triunfantes.

—Por ahí ladra la envidia —dice un ilustre marqués, y sus correligionarios rien la frase satisfechos, mientras llega repetida al otro bando como un látigo que restalla y deja en la faz huella afrentosa.

Yo contemplo aquel espectáculo algo asombrado. Indudablemente hay allí un desbordamiento de pasiones, un alarde de vida que me encanta. Ha habido allí un triunfo y una derrota y un triunfo grande y una derrota inmensa, puesto que ha llevado á los unos á los excesos de una alegría algo alocada y á los otros á los extremos de un despecho poco olímpico.

Yo curioso, husmeo, pregunto; noto que la curiosidad es superior en mí á la discreción; aquel desequilibrio pasional me ha tocado, y hasta de los espectadores ha huído la serenidad, amable compañera de los juicios rectos.

—Colosal, chico, colosal —me dice un diputado. El último párrafo ha sido asombroso. Nada de duplo, con un solo voto de mayoría le basta para gobernar. ¡Qué hombre Maura! ya tenemos acta para rato, y esos ¡que rabien!

Comenzaba á comprender; las minorías habían entrado en el salón para enterrar á Maura; Maura había dado con el pie á sus enterradores. Los mauristas no caían; los liberales no habían logrado encaramarse á las cimas del poder.

Yo, que siento por Maura una gran debilidad, me alegraba, pero como si un genio maléfico y burlón las fuera repitiendo implacablemen-

te en mis oídos, oía yo en mi memoria estas palabras de Max Nordau: «Las luchas de los partidos son para un pueblo lo que para un mozo de cuerda el movimiento con que pasa de un hombro á otro la carga que le abruma. Siente un alivio momentáneo, pero en el fondo ese alivio es ilusorio».

Tal vez me equivoque si pienso que aquella explosión de pasión y de vida que en un principio me encantó tenía poco de épico y de grande. Me parecía que en aquellos momentos pensaban poco y sentían mucho, y que sus sentimientos no eran muy altruistas. Me parecía que todo aquello era más que nada un grito del instinto de conservación triunfante ó en derrota, lo más animal, lo menos humano que hay en el hombre.

*
* *

Me dicen que no hay partido y que no hay diputado que se atreva á interpelar al gobierno por el hecho de pasearse libre por las calles el matador de Pickman. Me dicen que la magistratura y el gobierno son impotentes para aplicar el código á ese delincuente. Los capitanes han removido sus espadas, y ese ruido siniestro ha llevado el desconcierto y el temblor al ánimo de los ministros y de los Magistrados.

Yo no lo creo.

Necesitaría creer en la castración moral del parlamento, de la magistratura y del gobierno. Necesitaría creer en que el ejército olvidaba su misión de auxiliar del orden y prefería el triste papel de baratero. Creería que el alma de Marruecos nos había invadido, que España era un país irredimible y que sería dolorosísimo, pero en modo alguno disparatado, pensar en tutelas extrañas.

Y eso, eso yo no lo creo.

*
* *

He leído esta mañana un libro que me ha dejado una impresión de melancolía grande. El autor, Pudentio Rovira, traza en él cuadros tristes, de sobrio color, de dibujo minucioso y firme. Copia además del natural, y el natural es un pedazo de tierra española y una clase social que ha despertado siempre en mí, más que simpatía, piedad.

El libro pone en carne viva una de las llagas que más extenuan la amable y dulce región gallega, y cuenta el porqué de las emigraciones que la desangran, de la miseria de sus campesinos, de la depauperación de la raza de la montaña. El autor conserva la visión de sus montañas y de sus valles, de las bravías cumbres y de las llanuras costeras, de los prados húmedos y de los cielos tristes. Ha fijado en su retina la imagen

penosa de aquellos «rostros huesudos, inexpressivos, parados; de aquellas miradas extraviadas donde parecen condensarse todas las nieblas de unos cerebros que atosiga la superstición y la ignorancia; de aspecto huraño y receloso de bestia castigada que se extremece presintiendo el dolor aún en el amago de una caricia, de narices aguileñas, bocas fruncidas con dureza, quijadas rectas que en los jóvenes rememoran el modelo atlético: todo ello esfumado en una sombra de tristeza íntima de abatimiento secular que, sin introducir alteraciones radicales en la nobleza de los rasgos primitivos, los deslustra y embastece con cierto aspecto acansinado y manso».

Ha seguido la vida del campesino en la granja señorial y en el pobre *lar* de donde ascienden esas humaredas azules, tan ideales para el artista que las contempla de lejos, pero guardadoras solamente de «pobreza y lástimas, de opresión y hediondeces de rebaño». Lo ha perseguido en las intimidades de su hogar, en las incesantes labores de la tierra, en sus ferias típicas y camino de casa del señor en la Martiniega, en sus relaciones con el municipio y con la justicia, dentro de las instituciones rurales peculiares del país, en la Compañía, en el Foro y en la Aparcería.

Todo el libro es un estudio completo, serio y curioso, revelación del alma de Galicia tanto como de su topografía, de su clima, de su raza y de su vivir resignado y pobre; es una investigación directa, fruto de observaciones atentas, uno de los pocos libros que aquí se escriben con vistas á la realidad, obra de sinceridad y de sondeo social que busca las causas ocultas de fenómenos al parecer paradójicos y allana el camino á gobiernos tutelares.

Apesar de ser el suelo, de los pobres y de los ricos, hay en Galicia como en Andalucía un problema agrario que resolver, no tan apremiante, pero no por eso menos terrible. El busca en la tradición los orígenes de ese problema, y á los anatemas coléricos de su poeta Curros Enríquez que maldice, como un desdichado, de la religión y de la Iglesia, contesta razonador y prudente.

— «Acaso deben esta salud de espíritu al bálsamo de la creencia religiosa, muy viva en la población agraria. Su fe robusta les da resignación para conllevar los trabajos de la existencia.»

Y en otro lugar:

«La Iglesia no tiranizó, no explotó, no vejó á los labriegos. Por pensiones insignificantes dejóles el usufructo indefinido de tierras que sirvieron á la postre para acaballerar muchos villanos y enriquecer muchos caballeros!... Los foros del Monasterio de San Salvador de Lo-

renzana suponían una renta de 3715 reales y los subforos producían á sus primitivos tenencieros 923.116.»

Encuentra él la clave en haberse desnaturalizado sus antiguas instituciones rurales, luego en la mala distribución de los impuestos, en la inmoralidad de los Ayuntamientos, en la poca austeridad de la administración de Justicia ⁽¹⁾, en el desarrollo de la usura y falta de vías de comunicación. Y cree que la solución podría acaso sintetizarse en esta fórmula: «Tierra libre, pueblo educado, justicia garantida.»

El libro se titula: «El Campesino gallego», y su autor, escritor experimentalista y sañudamente objetivo, tiene rasgos de feroz sinceridad para su tierra y sus paisanos. No le podrán tachar, sin embargo, de desamorado y de ingrato. En todas las páginas del libro se siente el calor de un gran cariño por la tierra en que nació; habla de ella triste y piadosamente, y su estilo musculoso y fuerte pierde su dureza cuando reproduce los suaves y melancólicos paisajes de su tierra, cuando descubre apenado y piadoso los hondos males que hacen la infelicidad de sus paisanos. Es un libro bueno y un libro útil; á mí me ha hecho conocer una región que ignoraba.

SEVERINO AZNAR.



(1) El autor cuenta que muchos juzgados de Galicia eximen de costas al que promueve pleitos. El se encarga de cobrarse.

Cita también el dato de que un foro de una gallina capitalizada en seis reales importó en un prorrateo 5.000. ¡Justicia más barata, mentira!

BIBLIOGRAFÍA

DEVELOPMENT OF MUSLIM THEOLOGY, JURISPRUDENCE AND CONSTITUTIONAL THEORY, by *Duncan B. Macdonald*, professor of semitic language in Hartford Theological Seminary. Charles Scribner's Sons, New York, 1903.

El profesor de lenguas semíticas de la Universidad de Michigan, señor Craig, edita una serie de *Manuales*, en los que se ve cumplido el propósito de exponer, en forma científico-popular, los resultados obtenidos en el estudio de la civilización de los pueblos semitas: cada tomo de la serie constituye obra completa é independiente dentro de la materia de que trata; y la serie entera vendrá á formar un conjunto armónico, en el que ninguna fase quedará inestudiada.

Aunque el intento es vulgarizar entre el público general y entre los estudiosos el conocimiento de estas materias, ha tenido el Sr. Craig cuidado esquisito en elegir especialistas de América ó de Europa.

Los primeros tomos de la serie tratan de la *Historia y Gobierno del pueblo hebreo*; su *Ética y religión*; su *Vida social*, etc., etc.

Si en la elección de las personas que han escrito los primeros tomos de la serie, ha procedido con tino y fortuna el Sr. Craig, no ha estado menos feliz al encomendar al Sr. Macdonald la exposición del *desarrollo de la Teología, jurisprudencia y derecho político de los pueblos musulmanes*: es hombre admirablemente preparado para la tarea: muy aventajado y distinguido arabista; y posee los conocimientos científicos especiales que le habilitan para tratar con lucidez el asunto.

En el corto y modesto prefacio con que encabeza su precioso tomito, nos manifiesta el Sr. Macdonald sus miras personales y la manera y arte con que ha procedido en el aprovechamiento de las fuentes, en ordenar los materiales y redactar su obra. Se hace cargo de la falta que siente el público, estudiantes y aún personas ilustradas, de un libro acerca de estas materias: los que estudian derecho ó Teología, no pueden enterarse de lo ocurrido y pensado en el gran mundo islámico; ni siquiera para los estudiantes de la lengua y civilización árabe hay tratados accesibles; ni en inglés, ni en alemán, ni en francés, hay libro que los maestros puedan aconsejar como guía elemental para sus discípulos;

sobre el desarrollo del derecho musulmán apenas hay trabajos sueltos y fragmentarios; de teología, nada, en realidad.

En tal situación es difícil alcanzar el desideratum: á la hora presente, nadie, si no es Goldziher, podría acometer la empresa con éxito real y positivo. El Sr. Macdonald presenta su obra como ensayo, como la tentativa de un hombre, que, si no es de naturaleza superior ó genio, ni se halla suficientemente preparado, ha podido estudiar personal y directamente algunos puntos esenciales; lo que él puede afirmar resueltamente es: que los resultados de las investigaciones que en su libro se exponen, se han obtenido, ó se han comprobado cuando menos, con el estudio de las fuentes árabes.

El Sr. Macdonal no sólo ha procedido en la composición de su obra equitativamente, dando á cada cual lo suyo (á Goldziher, Nöldeke, Snouck Hurgronje, Von Kremer, Lane, etc, etc.), sino con desprendimiento y largueza; no ha querido siquiera señalar las partes que son exclusivamente suyas. No obstante, si lo verdaderamente suyo, es decir, lo que procede de investigación personal propia, no puede fácilmente distinguirse en el cuerpo central de la obra, donde no ha querido amontonar citas, cabe distinguirlo con claridad en los numerosos y útiles apéndices que inserta al fin.

La obra, como su título enuncia, está dividida en tres partes: 1.^a Desarrollo de la constitución política; 2.^a Desarrollo del derecho; 3.^a El de la teología.

Hay que reconocer que está escrita con altitud de miras, con serenidad y placidez de espíritu, con desapasionamiento; en la exposición se nota el andar acompasado, como un reloj, de su estilo cortado y extremadamente conciso; cada idea constituye una cláusula suelta, con lo cual queda al cuidado del lector el ir relacionando unas ideas con otras, cuyo enlace externo apenas se percibe; el lector atento vislumbrará siempre las relaciones que el entendimiento del autor ha visto, aunque no sea más que por la posición y lugar que ocupan las breves y cortadas frases en que cristaliza el pensamiento.

Una selecta bibliografía en que se enumeran, y juzgan en dos palabras bien puestas, los trabajos realizados en la materia, y un bien arreglado índice, avaloran el libro.

En resumen, un hermoso tomito de 386 páginas, 4.^o, donde los resultados científicos obtenidos hasta el presente, se exponen con claridad, orden y concisión; un libro útil que todos los aficionados deben tener en su biblioteca.

Y para terminar, un saludo afectuoso al ilustre Reverendo Macdonald, á quien los arabistas españoles deben cordiales atenciones, gratitud y respeto por su agudeza de ingenio, modestia, honradez científica y laboriosidad. — (J. R.)



Fragmento del libro titulado Nohlat-ol-labib que contiene noticias del viaje de Abulhabib, por Abulabás Sidi Ahmed hijo de Amar.—Argel, impr. Fontana, 1904.

El Gobierno general de Argelia ha estimado interesante dar á la estampa este fragmento de un códice arábigo incompleto que debía contener la relación del viaje hecho á la Meca, en cumplimiento de la obligación que impone el islam, por un literato argelino del siglo décimo octavo de nuestra era. El códice, como queda dicho, es incompleto: contiene sólo un largo fragmento (254 págs.) del prólogo; pero esto no quita para que pueda ser calificado, como lo hace el editor, de *tesoro de literatura*. Abundan en él efectivamente los datos relativos á la historia literaria de la España musulmana, cítanse á cada página los nombres de muchos historiadores y poetas célebres, insértanse largos poemas de variada rima y asunto y se dan noticias bibliográficas que no carecen de interés. Ya en otra ocasión advertí que la factura de este género de libros discrepa mucho de lo que es corriente entre sus similares europeos: el autor no se preocupa tanto de transmitir á los lectores la impresión de la realidad vista, de los lugares visitados, cuanto de aprovechar toda coyuntura para ensartar versos, dichos célebres y anécdotas más ó menos coherentes con el asunto tratado. Apenas si en las 254 páginas se encuentran dos que se refieran al viaje á la Meca. Cierran el volumen copiosos y bien ordenados índices onomásticos y bibliográficos que facilitan su consulta y explotación.—(M. A.)

* *

Memoires de l'Academie des Sciences, Inscriptions et Belles Lettres de Toulouse.
Dixième serie, tome III.—Toulouse, 1903.

La docta corporación Tolosana ha publicado el tomo anual donde, al par que se da cuenta de sus trabajos académicos, se incluyen doctas monografías de ciencias físicas, naturales, medicina, historia y derecho. Entre estas últimas aparece un notabilísimo trabajo acerca del Derecho en el Mediodía de Francia, debido al Presidente de la Academia, Monsieur Brissaud, del que nos ocupamos ya, al aparecer este trabajo en la *Revue des Pyrenées*. Agradecemos la atención de la docta Academia, al remitirnos el tomo.—(X.)

* *

Bagatelas, poesías por Vital Aza, 2.^a edición, colección Elzevir ilustrada.
Juan Gilí, editor.—Barcelona, 1904.

El justo renombre de que goza en la república de las letras el celebrado autor de *La Rebotica*, nos dispensa de todo elogio. *Bagatelas* es una colección de saladísimas y regocijadas poesías festivas, exentas de los tonos verdes al uso. La edición va adornada con excelentes ilustraciones de B. Gilí y Roig.—(X.)

* *

Album-Guía de Zaragoza.—Zaragoza, M. Escar, Tip., 1904.

Con el velo del anónimo bajo el que se esconde un activo, ilustrado y emprendedor alumno de nuestra Universidad, se ha publicado, coincidiendo con las pasadas fiestas, un folleto en donde aparecen multitud de excelentes vistas de los principales monumentos zaragozanos al par que láminas representando escenas típicas de Aragón.

El folleto está presentado con un lujo y riqueza artística desusado en esta clase de publicaciones: hay dibujos excelentes de los pintores Díaz y Galiay y eruditos artículos de conocidos escritores regnícolas; además contiene la *Guía*, noticias de interés, sobre todo para los forasteros. El editor, buscando exclusivamente el favor del público, ha prescindido de la inserción de anuncios por lo que resulta el folleto muy manejable y práctico. La ejecución material excelente, honra á los talleres del tipógrafo Sr. Escar.

Deseamos al editor buen éxito en su empresa.—(X.)

* *

La princesa griega Lascaris condesa de Pallars en Cataluña (Extracto de la *Revue Hispanique*, tomo X), por Joaquín Miret y Sans.—París, 1903.

El Sr. Miret y Sans, erudito medioevista catalán, publicó en la *Revue Hispanique* de París un curioso artículo acerca de una princesa bizantina hija de Teodoro II Lascaris, que casó á mediados del siglo XIII con el conde de Pallars. El autor, valiéndose de documentos contemporáneos, en su mayoría inéditos, estudia las vicisitudes de la princesa en Cataluña. Es un trabajo muy interesante y erudito.—(E. I.)

* *

El Consejero de las Familias, Guía de sanos y enfermos, por Monseñor Sebastián Kneipp.—Vertido al castellano de la tercera edición alemana, por el Dr. D. Joaquín Collet y Gurgul.—Segunda edición española autorizada.

El justo y universal renombre de que goza el insigne Mons. Kneipp, nos releva de la obligación de hacer el elogio de sus obras. Diremos, no obstante, que es la presente un tratado completo y luminoso del arte de conservar la salud y de recuperarla una vez perdida; y así trata, en la primera parte, del cuidado de los niños, del cuidado de los adolescentes durante el período del desarrollo, de las reglas de conducta para la edad viril y de las instrucciones para la vejez; y en la segunda de las enfermedades de la infancia, de las enfermedades de la adolescencia, de las enfermedades de la edad viril y de las enfermedades de la vejez. Esta simple enunciación de las materias que contiene tan precioso libro constituyen sin duda alguna su mejor recomendación.—(X).

* *

Estética y crítica musical, por el P. Fr. Eustoquio de Uriarte, Agustino del Real Monasterio del Escorial.—Con la biografía del autor por el P. Fr. Luis Villalba, de la misma Orden.

En esta obra, además de las consideraciones generales acerca de lo que debe ser la ciencia Estética musical, y de la exposición razonada y crítica de los principales sistemas que han tratado de explicar la belleza del arte del sonido, se encuentra expuesta desde un punto de vista filosófico y racional la teoría estética de todos los géneros musicales (*lírico, dramático, religioso y sinfónico*), y confirmada después en sazonados artículos críticos, ya acerca de las obras y compositores más notables, ya aplicados á la resolución de los problemas artísticos que más hondamente preocupan á los críticos musicales españoles.—(X).

*
**

La infancia, su desarrollo espiritual y corporal y éxitos de la cura Kneipp en las enfermedades nerviosas de los niños, con un apéndice sobre la *parálisis infantil*, por el Dr. Adalberto Kupferschmid.—Versión castellana directa del alemán, por D. Manuel M.^a Angelón. Segunda edición.

El libro es una comprobación racional y autorizadísima del método Kneipp para la curación de las enfermedades nerviosas de los niños. Nada tan interesante y simpático como todo lo que tiende á fortalecer física y espiritualmente á la infancia, porque de ella depende la constitución de una sociedad sana de cuerpo y alma, inteligente y vigorosa. Tal es el objeto que se ha propuesto el autor con la publicación de esta excelente obrita, muy popular en Alemania y en todos los países cultos, por la importancia de las materias de que trata.—(X).

LIBROS RECIBIDOS

Biblioteca Sociológica internacional.

Henrich y C.^a, Barcelona.—*Los ideales de la vida*, por William James. Dos tomos.